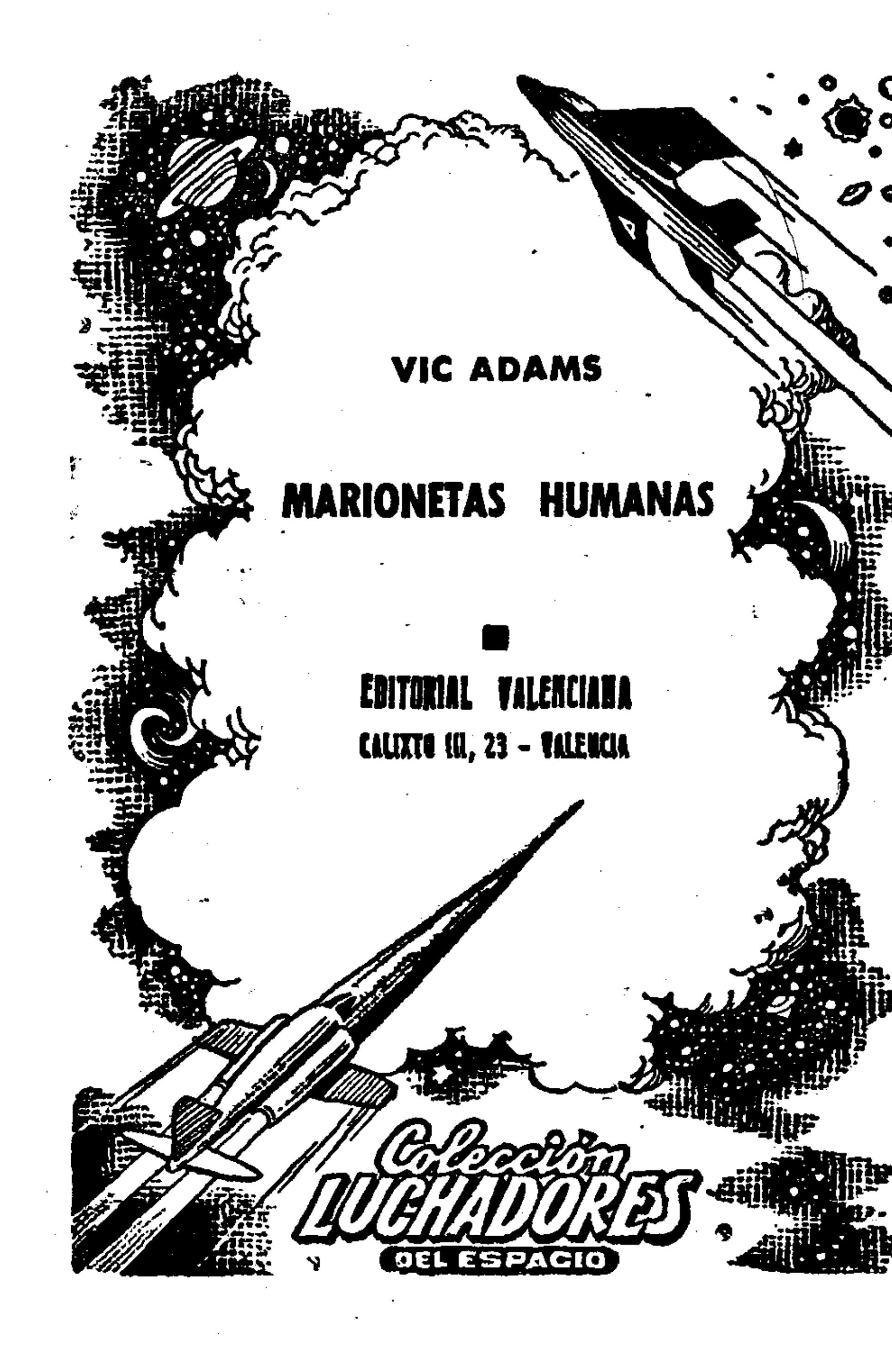
BEAGLE

MARIONETAS HUMANAS

por VIC ADAMS

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Ibañez


VIC ADAMS
MARIONETAS HUMANAS
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

[image]

CAPÍTULO I

En la estigia oscuridad nocturna era de todo punto imposible divisar cosa alguna a más de dos metros de distancia. Las innumerables estrellas que relucían nítidamente en el firmamento apenas conseguían con sus destellos otra cosa que destacar aún más la negrura del que, de haber alguna luz, hubiera aparecido como desolado paisaje rocoso sin una sola brizna de yerba que animara la gris monotonía.

Las tres figuras que se deslizaban cautelosamente se veían en grandes dificultades para orientarse, a pesar de que conocían palmo a palmo el terreno. Debían evitar los ruidos que podían dar al traste con lo que tantas fatigas les estaba costando conseguir. Juntando las cabezas celebraron un breve conciliábulo.

-No debe estar ya muy lejos- dijo uno de ellos-. Hemos de extremar las precauciones en estos últimos momentos.

-¿Tú crees que podremos lograrlo? -preguntó otro-. Deben estar preparados.

-No lo creas -repuso el primero-. Preparé una pista lo suficientemente clara para que nos crean a mucha distancia de aquí. Y no siendo nosotros, ¿quién había de tener interés en atacarlos? La cosa saldrá bien. Recordad las instrucciones que os he dado y no tenemos que preocuparnos.

Uno tras otro reanudaron su silencioso reptar. Inopinadamente se oscureció ante ellos un extenso sector del firmamento, ocultadas las estrellas por una gran mole que se interponía. Habían llegado a su objetivo.

La colosal astronave erguía su esbelta silueta en medio de una pequeña planicie practicada en el caótico amontonamiento de rocas, y aparentemente, los alrededores estaban desiertos. Pero los furtivos visitantes no se dejaron engañar por el silencio reinante: conocían demasiado bien la costumbre establecida y sin dudar un solo instante se desplegaron en semicírculo aproximándose lentamente y con mayores precauciones aún que las observadas hasta entonces. El vigilante no debía percatarse de su presencia hasta que fuera demasiado tarde.

De pronto se escuchó un ligero golpe que en la quietud resonó como un cañonazo. Una figura se destacó de debajo de la astronave y con un arma de terrible aspecto dispuesta a hacer fuego caminó en dirección al lugar donde

se oyera el ruido, pero apenas había andado dos pasos otra sombra le saltó sobre las espaldas mientras una tercera le inmovilizaba completamente impidiéndole hacer uso del fusil. Unos segundos y todo hubo terminado para el centinela, a quien entre los tres intrusos arrastraron al lugar que ocupara previamente. Armándose de paciencia esperaron a que los acontecimientos siguieran su curso.

Varias horas más tarde se escuchó un ligero rumor por encima de ellos y una vaga silueta se dibujó contra el estrellado fondo del cielo, descendiendo desde las alturas con ayuda de una casi invisible escalera metálica. Apenas hubo llegado al suelo se repitió la escena anterior, y tomando el armamento de sus víctimas los silenciosos visitantes emprendieron la ascensión hasta alcanzar un portillo que con un chasquido metálico se cerró tras ellos. Había llegado el momento de jugárselo todo.

Sistemáticamente comenzaron el recorrido de la inmensa máquina. A su paso iban dejando un sangriento rastro de tripulantes asesinados y a cada instante que transcurría era mayor su excitación al verse tan cerca de lograr lo que había parecido empresa imposible.

-¡Sí! Pero tened en cuenta que nadie que lo intentara antes se llamaba Zuhl -afirmó orgullosamente el que parecía dirigirlos-. Para mí no hay obstáculos cuando me propongo alguna cosa.

Esta bravata casi le costó la existencia. Llevado por su orgullo había olvidado por un momento su precaria situación y un grupo de tripulantes, los últimos que quedaban con vida, irrumpieron ante ellos repentinamente, saliendo de la cámara de derrota.

La batalla fue breve pero encarnizada. A la primera descarga de los sorprendidos tripulantes fue alcanzado uno de los secuaces de Zuhl, que pareció perder de pronto toda consistencia, desplomándose como un saco desinflado; pero ya los otros dos respondían y guareciéndose como mejor les era posible derribaron con sendos disparos a tres enemigos, dejando las fuerzas igualadas. El estrecho pasillo no era lugar muy apropiado para continuar el combate, pero los asaltantes tampoco podían permitirse el lujo de una retirada que hubiera permitido a los otros dar la alarma. Tal vez algún rezagado que permanecía aún allí dentro estaba comunicando en estos momentos lo que sucedía.

Ocurrírsele este pensamiento a Zuhl y decidir jugarse el todo por el

todo fue casi simultáneo. Irradiando desesperación por todos los poros de su cuerpo se lanzó a pecho descubierto sobre los que se interponían en su camino, seguido por su compañero, barriendo ambos con furiosas descargas a los dos desgraciados que habían osado oponérseles. Para cuando Zuhl alcanzó la cámara de derrota, comprobando con alivio que allí no había nadie, él era el único ser vivo en el interior de la astronave; el último de sus amigos había caído en el asalto al reducto.

Sin dedicar un solo pensamiento a la macabra carga se acomodó en el sillón del piloto y al cabo de pocos segundos había perdido de vista el oscuro planeta encontrándose bañado por los ardorosos rayos de un sol monstruoso que ocupaba la mitad del firmamento. ¡No conseguirían jamás hacerle volver, al menos vivo! Y si alguna vez regresaba por su voluntad... ¡que temblasen! Zuhl no olvidaba fácilmente las ofensas recibidas.

Fijado el rumbo y lanzado el aparato a la máxima velocidad, se dedicó a desembarazarse de la desagradable compañía de los muertos. Uno a uno fueron desapareciendo por el estrecho tubo de los desperdicios, yendo a alimentar el horno atómico. Si Zuhl hubiera sido capaz de sonreír lo hubiera hecho ahora: sus reservas de combustible habían aumentado de este modo considerablemente. No tenía que preocuparse por mucho que se prolongara su viaje.

Todavía quedaba la posibilidad de que le persiguiesen. La inesperada marcha de la astronave tenía que haber producido un momentáneo desconcierto, pero éste no se prolongaría demasiado. Era imprescindible que se apresurara en desaparecer.

* * *

¡Lo que temiera estaba ocurriendo! Tres pequeños puntitos habían aparecido en la pantalla del localizador y le estaban dando alcance por momentos. Aún se encontraban lejos, tal vez a medio año-luz, pero ¿qué era esa distancia para ellos? Aunque tardasen varios días era inevitable que se pusieran a su altura, ¡y él no quería dejarse atrapar! ¡Lucharía hasta que se librara de ellos... o fuera él destruido! Todo menos volver como prisionero.

Frenéticamente pasó revista al armamento: dos proyectores que solamente podían disparar hacia adelante. El rayo tractor para los abordajes y... prácticamente nada más. Los torpedos dirigidos eran sumamente eficaces cuando se trataba de bombardear un objetivo sobre el suelo, pero en absoluto

inocuos si se empleaban contra una astronave que se movía quizá a cien veces la velocidad de la luz: lo más seguro era que estallasen a un pársec del blanco. Pero ¡tenían que habérselas con Zuhl! y Zuhl no era un enemigo corriente.

Un breve cálculo le procuró la seguridad de que tenía tiempo suficiente para lo que se proponía. Apresuradamente se embutió en un traje de vacío y tomando un rollo de cable y un estuche de herramientas salió al exterior, maldiciendo interiormente de que no le hubiera dado tiempo siquiera de instalar una pantalla protectora, con la que hubiera podido defenderse mejor. Durante varias horas trabajó tenazmente cambiando conexiones e instalando extraños aparatos sobre el casco de la astronave. Por fin quedó satisfecho de su obra y volvió a su puesto de vigilancia, lamentando no poder realizar unas pruebas: tendría que confiar en que la suerte no le hubiera abandonado aún.

Sus perseguidores estaban dándole alcance con rapidez, y lo sabían. Según se aproximaban podía verse cómo su velocidad disminuía al extraer potencia de los motores en beneficio de sus armas ofensivas y defensivas, al tiempo que se iban desplegando para encerrarle en un círculo mortal. Zuhl, en cambio, parecía no tener otro pensamiento que imprimir la mayor velocidad posible a su aparato como si aún confiase en ganarles la carrera. De pronto resonaron en su cerebro unas frases dirigidas a él.

-¡Ríndete! -y como no contestara, sus adversarios prosiguieron- ¿Quién eres? -silencio-. ¡Si no te entregas en el acto serás destruido!

Y como advertencia se produjo a corta distancia, por delante de él, una brillante explosión que le dejó momentáneamente cegado. ¡Ya estaban a su alcance! Con un centelleante movimiento detuvo los motores al tiempo que hacía dar media vuelta al aparato. Los otros, al verse repentinamente apuntados por los cañones de proa, se desbandaron como pájaros asustados, pero ya uno de ellos quedaba envuelto en un rojo resplandor que en breves segundos adquirió una tonalidad amarillenta, luego blanca y finalmente, con una blanda explosión, desapareció completamente aniquilado. Zuhl rió alegremente. ¡Uno menos! Los otros dudaron solamente un instante y luego se arrojaron sobre él desde distintas direcciones. El fugitivo arremetió contra uno de los atacantes que instantáneamente se desvió de la línea de tiro, pero se trataba solamente de una finta para atraer al tercero que, cuando se aproximaba para lograr un blanco seguro, fue recibido por el inesperado

disparo del proyector que Zuhl acababa de instalar apuntando hacia atrás. El último enemigo, tratando con más respeto al temible artillero que con dos disparos había acabado con sus compañeros, optó por mantenerse a buena distancia fuera de su alcance, mientras desesperadamente pedía ayuda.

Pero esto no convenía a Zuhl en modo alguno. El quería verse completamente libre de perseguidores para perderse en la inmensidad de la Galaxia. La mayor velocidad del que le escoltaba hacía imposible tanto la huida como la tentativa de entablar combate; y era sólo cuestión de tiempo el que se reuniera a su alrededor un grupo de enemigos lo suficiente numeroso como para imposibilitarle definitivamente la escapatoria.

El solitario perseguidor pudo observar de pronto como la nave del fugitivo comenzaba a caminar erráticamente, tan pronto acelerando hasta el máximo, como disminuyendo la velocidad casi hasta cero. Y al propio tiempo parecía verse en dificultades con la dirección; continuamente cambiaba de rumbo, pero el piloto debía ser un verdadero mago puesto que a pesar de las dificultades no cejaba en su empeño de aproximarse a un determinado sector, tal vez con la esperanza de perderse dentro de un enorme cúmulo estelar. Días y días continuaron en la misma situación hasta que, finalmente, el obstinado tránsfuga pareció lograr su objetivo: por todas partes podían verse estrellas, apenas separadas por algunos minutos-luz de unas a otras. ¡Y allí era precisó mantenerse a corta distancia, ya que los intensos campos magnéticos que emitían los astros hacían casi inútiles los aparatos de detección! Pero de todas formas poco tardarían ya en llegar los refuerzos; era cuestión de mantener las posiciones dos o tres días más y habría llegado el fin.

Las averías en el aparato robado parecían ir adquiriendo gradualmente mayor gravedad. Varias veces estuvo a punto de arrojarse sobre algún incandescente globo de gas que lo hubiera aniquilado en cuestión de segundos; y siempre, en el último instante, había conseguido su piloto escapar al casi inevitable desastre.

En este continuo ir y venir de una parte para otra llevaba siempre la peor parte el cazador que el cazado, puesto que nunca podía saber cuál sería la próxima insensata maniobra que intentaría el fugitivo, y ya comenzaba a cansarse del juego, preguntándose maravillado hasta cuándo podría resistir semejante tensión nerviosa. ¡Con tan graves averías no podía esperar jamás desprenderse de los perseguidores! Y no había dado muestras de ser tan torpe

como para no comprender que, más pronto o más tarde, llegarían nuevos enemigos que acabarían por aniquilarle si antes no perecía dentro de uno de aquellos hirvientes hornos que los rodeaban por doquier.

Repentinamente, desde muy corta distancia y cuando ya parecía que iba a pasar de largo, el aparato de Zuhl realizó una impresionante zambullida que a fantástica velocidad le llevó a atravesar profundamente la exosfera de una enorme estrella de más de dos horas-luz de diámetro. Tras unos instantes de duda, el otro le siguió, si bien que desviándose lo suficiente para pasar a cierta distancia de la peligrosa envoltura. Lo había perdido completamente de vista.

La preocupación por este hecho hizo descuidarse por unos instantes al piloto perseguidor, quien no tuvo pensamiento sino para acelerar hasta el máximo... y entonces vio reflejado en su pantalla, a retaguardia, el ominoso punto de luz que a tremenda velocidad se lanzaba sobre él...

Completamente libre de perseguidores, Zuhl se precipitó por el camino más corto hacia el exterior del formidable laberinto por donde había vagado durante varios días. Las fingidas dificultades parecían haber desaparecido y su control sobre los mandos era absoluto. ¡Estaba libre! ¡Libre! Y ahora sí que les iba a ser difícil atraparle. Había llevado a su perseguidor hasta el cúmulo de estrellas, no como éste creyera para dificultar la caza, sino para impedir que se comunicara con los que acudían en su ayuda: la poderosa emisión de ondas magnéticas no sólo dejaba inútiles los aparatos electrónicos de localización, sino que imposibilitaba de todo punto las comunicaciones con el exterior. Así nadie sabría lo ocurrido allí dentro y los que se disponían a destruirle tardarían varios meses en convencerse de que el pájaro había volado definitivamente.

CAPÍTULO II

-¡Uff! ¡Ya tenía ganas de acabar! ¡Este cuello me viene por lo menos tres números demasiado estrecho!

-Pues nadie lo hubiera dicho, a juzgar por lo animadamente que charlabas con la esposa del coronel... y su hija -observó con sorna el joven de rubia y alborotada cabellera que, sentado sobre la cama, hacía frenéticos esfuerzos para desembarazarse de las altas botas de gala-. ¡Yo sí que lo he pasado trágico! Me he tenido que calzar las botas de Johnny porque él se llevó equivocadamente las mías; desde luego compadezco a las mujeres del antiguo Imperio Chino. ¡Hoy he comprobado cómo debían sentirse!

-Pues -le remedó el muchacho de aproximadamente su misma edad que ante el espejo se iba despojando de la complicada abotonadura de la guerrera- nadie lo hubiera dicho viendo lo a gusto que parecías estar bailando con todas las chicas que se te ponían a tiro.

-¡Deberes del servicio, hijo! ¿Qué hubieran pensado los compañeros si no lo hago? ¡Pues que siempre voy esquivando el bulto en las ocasiones de compromiso!

-¡Bueno! -suspiró el otro dejando cuidadosamente la casaca sobre el respaldo de una silla. Y, viendo los apuros de su amigo, comenzó a tirar fuertemente de la bota hasta quedarse con ella en las manos- ¡Ya está!

Una vez librado su amigo del tormento, Stanley Burgess terminó de despojarse del resto del uniforme, y envuelto en un viejo batín se dejó caer sobre su cama con un cigarrillo recién encendido entre los dedos.

-Oye, Tadd, ¿quién era aquella pelirroja con la que estabas bailando últimamente? No recuerdo haberla visto antes.

Taddeus Kloster se detuvo un momento en su movimiento hacia el armario. Luego, mientras husmeaba en busca de algo que, al parecer, no estaba muy a la vista, respondió a la pregunta.

-Patricia Sheridan, ¿te suena el nombre?

-Pues... no creo -dijo Burgess en tono indiferente-. ¿Quién la trajo?

-Su hermano, el capitán Sheridan.

-No le conozco -y reasumió la agradable tarea de lanzar pequeñas volutas de humo hacia el techo.

-Eso no lo podrás decir mucho tiempo. Mañana nos presentarán a él.

-¿Por qué? No querrás decir...

-Eso mismo. Es tu nuevo jefe... y el mío, naturalmente. Oye -repentinamente cambió de conversación-, no he visto al viejo *Sparks*, ¿dónde se ha metido? Es la primera vez que falta a la fiesta de la promoción desde que estamos aquí.

-Me importa un rábano el motivo de su ausencia. Yo lo que siento es que no haya venido su hija.

Kloster sonrió maliciosamente.

-Ya me parecía a mí que no estabas precisamente muy contento... ¡Ven acá, sinvergüenza! ¡Te voy a hacer tragar las charreteras!

Sorprendido por este repentino cambio de entonación, Burgess se incorporo sobre un codo a tiempo de ver desaparecer por la puerta a Kloster. Rápidamente salió al pasillo observando cómo Tadd corría en persecución de otro individuo que parecía encontrar ciertas dificultades en mantener las distancias hasta que, finalmente, tropezó cayendo cuan largo era. Tadd se lanzó sobre él como un jugador de rugby, arrancándole un alarido de dolor al sentir sobre sí el golpetazo del cuerpo del muchacho, quien, sin detenerse un momento, se arrodilló sobre él comenzando a hacerle un desconsiderado masaje en las orejas.

-¡Esas bromas se las gastas a tu tía, pero no a mí!

-¡Johnny Travert! -exclamó sorprendido Burgess al reconocer a la víctima de Tadd. Y, recordando el martirio de las botas de éste, lanzó una estentórea carcajada comprendiendo la causa de su indignación-. Anda, déjale.

-¿Que le deje? -rechazó iracundo- ¡Sí que le voy a dejar, pero es sin orejas! ¡Hacerme a mí esa trastada, hombre...! ¡No hay derecho!

Con grandes esfuerzos y recibiendo algún que otro golpe, pudo lograr Burgess que volvieran ambos a la habitación que compartían con él. Por lo visto la broma no la había iniciado Travert, sino el propio Kloster, que le había escondido las botas.

-...y como no aparecían las mías, me endosé las primeras que encontré a mano...

-¿Que no las encontrabas? -Tadd parecía a punto de estallar- ¡Pues mi tabaco que estaba junto a ellas sí que supiste verlo!

Y pareció ir a lanzarse de nuevo sobre el que le había obligado a ponerse unas botas varios números menores que sus pies. Burgess consiguió por fin tranquilizar a ambos y los tres acabaron riendo amigablemente la

broma. En el fondo eran los mejores amigos del mundo y nada ni nadie hubiera podido hacerles enojarse seriamente entre sí.

-¡Caray! -exclamó de pronto Johnny Travert, dándose una palmada en la frente- Por poco se me olvida...

-¿El qué? -la ansiedad se reflejaba en el tono empleado por Tadd. Confiaba en que Travert trajera alguna noticia explicativa de la ausencia de Diana, la hija del viejo *Sparks* como le habían llamado antes. Pero el otro le decepcionó.

-Ya estaba a punto de venirme aquí cuando en el tablón de avisos han puesto uno que se refiere a nosotros. Hemos de presentarnos mañana a primera hora ante el General.

-¿Cuándo ha venido? ¿Le has visto? ¿Estaba Diana con él?

-Poco a poco, impaciente. Ni le he visto... ni ha llegado. Tengo entendido que el motivo de faltar ha sido porque tenía una reunión con unos cuantos colegas... al parecer algo importante. Y llegará esta misma noche, aunque no sé si Diana vendrá con él.

-¡Bah! -rezongó Burgess- Para eso no valía la pena que te hubieras molestado. Querrá felicitarnos por ser los chicos más brillantes de la promoción... y luego cada uno a su casa.

-Parece como si no te alegraras de los dos meses de permiso -insinuó Kloster irónicamente.

-¡Hombre! ¿Quién no se alegra? -mintió descaradamente-. Por fin nos veremos libres de esta pesadilla de tenerlo que hacer todo a toque de trompeta. ¡Ah!... Dormir hasta que a uno le salen telarañas en los ojos... Volver a casa cuando no tengas ganas de estar fuera de ella... ¡El paraíso!

-Sí... sí... Pero tú cambiarías eso por un ratito de compañía con Diana...

Una zapatilla que atravesó zumbando la habitación hizo enmudecer rápidamente a Travert.

* * *

-El General les está esperando. Pasen.

Los tres flamantes oficiales saludaron rígidamente al trasponer la puerta del despacho sencillamente amueblado, permaneciendo en posición de firmes ante el hombre que, absorto en la lectura de unos documentos que tenía ante sí, no parecía haber reparado en ellos. Varios minutos estuvo el general

Eakins en la misma actitud, dando ocasión a que los recién llegados se fijaran en todos los detalles de la habitación que la inmovilidad de sus cabezas les permitía alcanzar, y ya comenzaban a vulnerar ligeramente las ordenanzas en un esfuerzo por ampliar el campo visual, cuando con una brusquedad que los sobre-saltó dejó a un lado los documentos, fijando en ellos la intensa mirada de los ojillos apenas visibles bajo las espesas cejas, pareciendo ligeramente sorprendido por la presencia de aquellos hombres. Finalmente pareció reaccionar.

-¡Siéntense, muchachos, siéntense! -y mientras ellos paseaban la mirada alrededor en busca de útiles que les sirvieran para cumplimentar la orden, prosiguió- ¡Y dejen esa actitud de momias, caramba! No me gusta ver a mi alrededor gente que en lugar de hombres parecen palos. ¡Sírvanse! -y empujó hacia ellos dos cajas: una, más que mediada de formidables vegueros y la otra bien surtida de diferentes clases y marcas de cigarrillos. Mientras los sorprendidos jóvenes tomaban tímidamente lo primero que les vino a mano, el General insistió:

-¡Pónganse cómodos!

Ya parcialmente tranquilizados, se arrellanaron en las butacas que habían acercado hacia una pequeña mesita, mientras el General, saliendo de detrás del escritorio, los imitaba. Tadd llegó hasta montar una pierna sobre otra ante la complacida mirada de su superior.

-¡Así me gusta, que la gente esté descansada cuando habla conmigo! No es que sea contrario a las ordenanzas militares, pero sé por experiencia que la preocupación por mantener una actitud reglamentaria redunda directamente en perjuicio de la claridad de ideas. Por ello en estos casos prefiero tener un poco de manga ancha -y pensando que ya estaba suficientemente explicado, cambió rápidamente de conversación- ¡De modo que ustedes son las tres lumbreras de la promoción, los hombres que, al decir del profesorado, superaron todas las marcas de calificación en varios años! Los famosos «tres mosqueteros»: Burgess, Kloster y Travert. Parece ser que están ustedes muy unidos.

-Sí, señor -repuso Burgess, quien ya era conocido del General por haber visitado varias veces su casa-. Así es.

-Pues bien. ¿Qué os parecería si yo os ofreciera la oportunidad de seguir juntos?

Los muchachos se miraron incrédulamente.

-¡Pues que sería magnífico, señor! ¡Nada podría agradarnos más!

-Entonces quedamos de acuerdo. Pero... -pareció vacilar unos instantes- el lograr eso os costará un pequeño sacrificio. Tendréis que prescindir de las vacaciones.

-¡Pero, General -Kloster parecía dudar de lo que estaba oyendo-, eso es antirreglamentario! ¡El permiso después de la graduación está expresamente mandado en las Ordenanzas del Cuerpo y de la Escuela!

-¡Sí, lo sé! Pero este caso es excepcional, y no vais a ir como militares. Podemos interpretarlo como una especie de «vacaciones dirigidas».

Tras unos instantes de silenciosa consulta, Burgess volvió a tomar la palabra.

-¿De qué se trata, General?

-¡Poca cosa, muchachos! -repuso aquél poniéndose repentinamente serio- ¡Nada menos que habréis de localizar al Presidente de la Confederación Mundial!

-¿Cómo...? -como impulsados pareciera que por un resorte se levantaron los tres jóvenes, inclinándose ávidos ante Eakins, que luego de soltar su bomba parecía haber recuperado su buen humor habitual. Con la mano les hizo seña de que volvieran a sentarse.

-Lo que os he dicho. Vuestra primera misión consiste en localizar el paradero del Presidente. Hace un mes desapareció el profesor Giovanni Conti; luego el General Fraser, seguido por cuatro o cinco personas importantes en uno u otro sentido. Y finalmente, anteayer, el propio John Lavery. Pero lo curioso del caso es que todos ellos regresaron, o mejor dicho, están regresando, en intervalos de diez a quince días, reintegrándose a sus ocupaciones habituales como si nada hubiera ocurrido. Y no hay forma de obtener de ellos un solo indicio del porqué de su ausencia ni de dónde han estado ese tiempo.

-Pero si vuelven al cabo de pocos días no hay problema -argumentó Johnny-. ¿Qué puede haber de malo en una corta ausencia? Lo más probable es que hayan buscado tomarse un pequeño descanso.

-¿Todos al mismo tiempo? No, muchacho, no. Aquí debe haber algo más profundo y vuestra misión consiste en averiguar lo que es. Además, últimamente se han registrado también muchas desapariciones de gente que

no tenía demasiada importancia; unos han regresado como los demás y otros... no, a pesar de que algunos de ellos hace dos meses que se perdieron de vista...

- ¿Y usted qué piensa, General? -preguntó Burgess.

-Muchas cosas, Stan. Pero como ninguna de ellas tiene más probabilidades que las demás de ser cierta, me las reservo todas para cuando vosotros me traigáis la explicación.

-...si volvemos con ella -terminó lúgubremente Kloster-. ¿Qué instrucciones tiene para nosotros, señor? ¿Por dónde empezamos?

-Por donde creáis más conveniente. Se os concede carta blanca para ir donde queráis, hacer lo que os parezca y gastar lo que estiméis oportuno.

- ¡Pues estamos aviados! -murmuró Travert cuando salían. Los otros no dijeron nada, porque había reflejado exactamente sus propios pensamientos.

* * *

-¿Se te ha ocurrido alguna idea esta noche, Stan? -preguntó Tadd mientras se afanaba en preparar su equipaje.

-A mí, no; ¿y a vosotros? Me he pasado la noche en vela.

-Y yo, pero lo que no entiendo es, ¿a santo de qué nos encargan a nosotros este trabajo, cuando hay millares de policías profesionales más preparados? -Kloster no ocultaba su extrañeza.

-Sus motivos tendrán Yo no creo que lo hayan hecho exclusivamente para aguarnos las vacaciones.

-En eso estamos de acuerdo, pero repito lo que ya hemos preguntado los tres varias veces, ¿por dónde comenzamos?

-Pues… -Stan fue a contestar que lo ignoraba, pero optó por diluir la responsabilidad entre los tres-. ¿Por qué diablos he de ser yo precisamente? ¿Acaso estoy obligado a pensar por vosotros también?

-En cierto modo, sí -intervino Travert con aplomo-. Siempre nos has dirigido y por nombramiento tácito has sido hasta ahora nuestro jefe. Por tanto, apechuga con las responsabilidades del cargo. ¡Ordenad y obedeceremos, señor! ¡Somos tus respetuosos esclavos! -terminó jocosamente, con una profunda reverencia.

-¡Ya sabía yo que me saldrías con ésas! -protestó Burgess. Pero resignándose a lo inevitable prosiguió:

-En estos casos se impone siempre una visita a las víctimas, ya que no

es cuestión de salir a la calle y esperar que algún desconocido nos meta un papel en el bolsillo con las señas del asesino... entre otras cosas, porque aquí no hay asesino alguno.

-¿Y a quién visitaremos primero? -Kloster ya había terminado de cerrar su maleta y estaba encendiendo un cigarrillo.

-Al profesor Conti.

CAPÍTULO III

-El profesor le espera.

Stanley Burgess, que a última hora había decidido presentarse solo, siguió al hombre por un corto pasillo. Una ligera llamada con los nudillos y, sin esperar respuesta, asomó la cabeza por la puerta.

-El señor Burgess, profesor.

Haciéndose a un lado permitió la entrada al joven. Conti era un hombre pequeñito, moreno, y de facciones simpáticas, que se levantó de un salto abandonando el libro que estaba leyendo, para ir a estrechar la mano del visitante. Luego, señalándole un cómodo sillón, se acomodó él en otro.

-¿Qué desea usted, joven? Me ha dicho mi.... ¡ejem!... mayordomo que es periodista...

Stan se inclinó levemente, eludiendo la contestación.

-Verá usted, señor Conti. Hemos tenido noticias de que abandonó momentáneamente sus tareas, ausentándose durante unos quince días con destino desconocido. ¿Es un secreto o puede usted revelarnos dónde ha ido y qué ha estado haciendo en ese tiempo?

El investigador movió negativamente la cabeza.

-Lamento no poderle informar. Mi trabajo por cuenta del Gobierno es secreto y...

-¿Quiere eso significar, acaso, que su ausencia se debió a órdenes superiores, que ha estado trabajando en algún proyecto no revelado al público?

-Sin afirmar ni negar la primera parte de la pregunta, le contestaré a lo último que sí. Es algo que el público no conoce.

-Luego ha estado usted trabajando...

-Efectivamente -una vaga sonrisa le revoloteó momentáneamente por las facciones.

Stan comenzaba a impacientarse ante la evasividad del científico. Optó por las preguntas directas.

-De lo que me ha dicho usted, profesor, deduzco que su ausencia no han sido unas simples vacaciones. Ahora bien, en los Centros oficiales donde he preguntado parecen ignorar en absoluto los motivos de su repentina desaparición; y le advierto que esta última información es perfectamente confidencial y de personas que me merecen absoluta confianza. Luego la

consecuencia lógica es qué se ha dedicado usted a alguna actividad por completo al margen de su trabajo oficial. ¿Estoy en lo cierto?

Un encogimiento de hombros fue lo único que obtuvo.

-También he sabido que sus superiores no han podido obtener de usted dato alguno sobre su ausencia. ¿Quiere esto significar que se ha dedicado a actividades tal vez, digamos, un poco... apartadas de la ética?

- ¡Jovencito! -tronó el científico poniéndose en pie. Su desmedrada figura no lograba la apariencia imponente que él pretendía- ¡Le he atendido con la mayor cortesía posible, contestando a sus preguntas! ¡Pero no tolero en forma alguna sus insultos! ¡Salga inmediatamente!

-Como quiera, profesor -Stan se levantó sin prisa-, pero permítame que haga una pequeña deducción antes de irme: en el mismo lugar donde usted pasó sus agradables vacaciones han estado, o están tambiénm el General Fraser, el Presidente Lavery y unos cuantos más ciudadanos prominentes, ¿verdad?

Conti parecía a punto de estallar. Su escuálido brazo señaló tembloroso la puerta de salida y el joven, comprendiendo que tal vez había ido demasiado lejos en su afán de investigar lo sucedido, obedeció la muda seña. Al otro lado de la puerta esperaba el hombre que le introdujera, quien le acompañó hasta la entrada, pero sin detenerse allí continuó por otro pasillo. Burgess se detuvo sorprendido.

-¡Eh, oiga! ¡Que la salida está aquí!

El hombre se volvió. En su diestra brillaba una azulada pistola.

-Perdone, señor. Es, por este lado -dijo sin abandonar por un instante su rígida actitud de perfecto mayordomo.

Stan se rindió a la «amable argumentación» del otro.

-Tiene usted razón -murmuró obedeciendo a la muda indicación del arma-. Me había equivocado.

Minutos después estaba encerrado en una oscura dependencia del sótano.

* * *

Tadd Kloster y Johnny Travert comenzaban a cansarse de esperar en el coche. Hacía más de dos horas que Burgess entrara en la casa del profesor Conti y ellos pensaban que para hacerle media docena de preguntas no era necesario demorar tanto.

-¿No te parece que éste se recrea demasiado? -preguntaba aburrido el primero.

-Si quieres que te diga la verdad, ya me va pareciendo demasiado rato para hacerle un par de preguntas a Conti. ¡Cualquiera diría que le está contando la historia de toda su vida!

-¿Sabes lo que te digo? Que yo voy a llamar a la casa -aseguró Kloster decididamente-. Tú quédate aquí, y si ves que yo también tardo más de media hora, pides ayuda a la policía. Hombre prevenido...

Y seguidamente se apeó, encaminándose hacia la casa. Dos insistentes timbrazos hicieron asomar al mayordomo, y el muchacho le preguntó:

-¿Es aquí la casa, del profesor Conti?

-Sí, señor. Pero está muy ocupado y no creo que...

-No. No vengo a visitarle. Pero un amigo mío me dijo que pensaba hacerlo y me citó en el bar de la calle de al lado. Hace una hora que le espero y pensé que tal vez se habría entretenido más de lo que pensaba. Su nombre es Burgess, ¿ha estado aquí?

-En efecto, señor -contestó con rapidez el hombre-. Pero hace ya bastante rato que se fue. Tal vez olvidara su cita con usted...

-No lo creo. Stan es un hombre muy meticuloso para estas cosas -dijo como hablando consigo mismo-. ¿Tiene usted la seguridad de que salió?

-Completa, señor. Yo mismo le acompañé hasta la puerta.

-En ese caso no tengo nada más que decir. Muchas gracias.

Ya de vuelta junto a Travert le comunicó el resultado de su entrevista.

-¡Eso quiere decir que le han secuestrado! -exclamó Johnny estupefacto- ¡Hemos de acudir en su auxilio!

-¡Calma, calma! No te precipites. Si intentamos entrar en la casa a viva fuerza pueden ocurrir dos cosas: que sigamos la misma suerte de Stan o que nos denuncien por allanamiento de morada. Si, por el contrario, pedimos ayuda a la policía y él está ahí dentro, intentarán hacerle desaparecer tal vez en forma un tanto expedita, o bien nos encontraremos con que ya le han trasladado a otro lugar, dejándonos con un palmo de narices. Hemos de emplear la estrategia.

-Oigamos, pues, tu plan, Napoleón.

-Consiste, sencillamente, en estarnos aquí quietecitos. Pero previamente voy a hacer unas llamadas.

Nuevamente se alejó del coche y a los pocos minutos ya estaba de regreso. Unos metros antes de llegar abandonó su lánguido pasear para en dos largas zancadas ponerse a la altura del vehículo y, mientras se acomodaba junto a Johnny, susurró:

-¡Vamos, aprisa! Sigue a ese individuo que acaba de salir.

El otro se le quedó mirando burlonamente.

-¡Vaya policía! ¿Qué has hecho con todo lo que te han atornillado al cerebro durante estos años? ¿Con un coche tan llamativo como éste pretendes pasar desapercibido yendo a paso de tortuga detrás de un peatón por una calle sin ninguna clase de tráfico? Baja y síguele con disimulo, ¡pero no te vayas escondiendo detrás de cada esquina! Te vería en seguida la intención. Yo iré detrás de ti por si hiciera falta.

Kloster reconoció la razón de su amigo, obedeciéndole seguidamente.

El mayordomo de Conti, pues de él se trataba, no parecía llevar prisa alguna ni ir a un determinado lugar. Tan pronto torcía a la derecha como a la izquierda, se detenía ante algún comercio, revisando los artículos expuestos, o se quedaba mirando admirativamente a alguna mujer bien parecida que pasara por su lado. Era la viva estampa del hombre que ha salido de casa con la única intención de estirar un poco las piernas.

Insensiblemente se fueron internando hacia la parte más concurrida de la ciudad, cosa que si bien facilitaba en gran manera la tarea de Kloster, creaba casi insalvables obstáculos a Travert, ya que le resultaba casi imposible mantenerse a la vista de los otros en medio de los veloces automóviles que a millares circulaban por allí. Repentinamente dejó de verlos.

Aparcando precipitadamente en zona prohibida, se lanzó a recorrer los alrededores en busca de los desaparecidos. Muy cerca del lugar donde divisara por última vez a Kloster había unos grandes almacenes donde continuamente entraba un río de personas. Si se habían metido allí iba a resultar una ímproba tarea el localizarlos, pero se decidió al cabo de unos minutos de espera, al comprobar que, si bien mucha gente entraba en el establecimiento, nadie salía en cambio, prueba evidente de que había otra puerta trasera, en cuyo caso era inútil esperar allí. Sin dudar más se incorporó a la procesión de compradores.

Apenas hubo dado tres pasos por dentro del local, sin haber tenido siquiera tiempo de formarse una idea de la topografía, fue abordado por un joven de agradables maneras, inmaculadamente vestido.

-¡Perdón, caballero! ¿Desea alguna cosa en particular?

-No, gracias. Solamente he entrado a dar un vistazo. Pura curiosidad. Soy forastero.

-¡Ah! ¿No había estado antes en esta casa? ¡Tanto mejor! En ese caso le va a ser necesario un guía. ¡*Tracy’s* es enorme! Estoy a su disposición. ¿Por dónde empezamos?

Johnny estaba más que fastidiado y no encontraba forma de desprenderse de aquel moscardón. Sus perseguidos se le iban a escapar mientras él discutía con el untuoso empleado. Optó por confiar en la suerte y, en todo caso, siempre le quedaba el recurso de recordar una cita olvidada.

-Pues... ¿cuál es la especialidad de ustedes?

El joven le miró boquiabierto.

-¡Ninguna, señor...! En T*racy’s* se vende cualquier cosa que pueda cambiarse por dinero. Automóviles, aviones, pasajes para cualquier punto del sistema solar, comestibles, ropas... En fin, de todo. Tenemos un magnífico restaurante, cinematógrafo, biblioteca, etc. Jamás ha habido una sola reclamación a causa de que algún cliente no haya hallado aquí lo que buscaba. ¡*Tracy’s* siempre complace al público!

Se le veía orgulloso de su empleo. Travert apenas paraba atención a lo que le estaba diciendo, ocupado en escrutar los centenares de rostros que cada minuto pasaban por su lado. Ninguno de ellos correspondía al mayordomo de Conti o a Tadd.

-¿Por qué sección quiere comenzar la visita? -insistió el joven en vista de su mutismo. Johnny se le quedó mirando unos momentos sin acabar de entender la pregunta, preocupado por sus propias ideas.

- ¡Ah, sí! Pues... por donde usted quiera. La planta baja, por ejemplo.

De esta forma pensaba estar más cerca de la salida.

-Como usted guste, pero le advierto que la parte comercial está en los pisos superiores. Aquí solamente hay las oficinas, y en los sótanos el almacén. Por aquí...

Durante un buen rato estuvieron escrutando habitaciones donde atareados amanuenses repiqueteaban máquinas de calcular manuales; otros marcaban tarjetas para alimentar las grandes calculadoras electrónicas. Casi todo allí era mecánico, salvo las pequeñas operaciones numéricas que resultaba más económico realizarlas por sistemas anticuados. Los archivos

consistían en pequeñísimos cilindros metálicos donde quedaban grabados magnéticamente millones de datos con un ahorro incalculable de espacio. Una pequeña habitación, poco más que un armario, guardaba antecedentes que en otra época hubieran exigido un edificio del tamaño de *Tracy's* para su almacenamiento. Travert estaba cada vez más impaciente y a hurtadillas consultaba su reloj cada quince segundos. Por fin no pudo resistir más.

-Mire usted, Hobbes. Tendrá que perdonar, pero he de irme. Se me está haciendo tarde y...

-¡No faltaba más, señor Travert! -ambos habían intercambiado los respectivos nombres a poco de conocerse-. Estamos a su entera disposición. Permítame que, en nombre de la casa, le invite a... lo que usted quiera. Por aquí, por favor.

Pocos pasos más allá abrió una puertecilla y ambos se encontraron segundo después cómodamente sentados en sendos sillones. Hobbes pulsó un zumbador, apareciendo inmediatamente un camarero tan inmaculado como él mismo.

-¡Hola, Harry, buenos días! Tráenos... ¿qué prefiere usted tomar? -interrogó volviéndose hacia Johnny.

-Un martini seco... con un poco de ginebra.

-Lo mismo para mí, Harry. Ya sabes, trae el especial.

-Bien, señor Hobbes -y con una ligera inclinación se retiró para volver a los pocos momentos con lo pedido.

Mientras sorbían las respectivas bebidas, Hobbes charlaba por los codos explicando la magnífica organización comercial de *Tracy's*, sus ramificaciones en todas las ciudades importantes del Sistema, curiosas anécdotas, la mayor parte de ellas a causa de clientes que pretendían ridiculizar el lema de la casa: *Lo tenemos todo para usted*, sin que hasta la fecha lo hubieran conseguido. Johnny continuaba consultando el reloj a cada momento, hasta que finalmente Hobbes se levantó.

-Vamos, señor Travert. Me dijo que tenía prisa.

Ambos jóvenes salieron por la puerta trasera, charlando amigablemente; Johnny no se extrañó en absoluto de que Hobbes le acompañara hasta su coche, que allí pagara una fuerte multa al indignado policía que lo había descubierto aparcado donde no debía, y en igual forma subieron ambos empuñando Hobbes el volante. Era un buen muchacho,

simpático como él solo. Por unos momentos pensó que tenía otra cosa que hacer y así se lo dijo.

-En efecto, señor Travert. Yo le llevaré donde está su amigo.

Estas palabras hubieran alarmado, como es natural, al joven en otras circunstancias, pero su voluntad estaba por completo anulada por la droga que asimilara junto con el martini, y se dejó llevar dócilmente por el otro.

* * *

Mucho menos suave fue el trato recibido por Kloster. Siguiendo al mayordomo fue recorriendo pisos en todas direcciones, y mientras Travert estaba siendo narcotizado en la planta baja, él vigilaba cuidadosamente a su presa, que continuaba el mismo juego que hiciera en la calle: se detenía aquí, preguntaba algo más allá, hasta que por fin pareció aburrirse y tomó un ascensor hacia arriba. Kloster no se atrevió a seguirle dentro de la jaula por miedo a ser reconocido. Se limitó a vigilar el indicador hasta ver que se detenía en el piso treinta y dos y rápidamente se introdujo en otro elevador pulsando el resorte correspondiente.

Al llegar arriba quedó un poco desorientado. Aquello no parecía una dependencia de *Tracy's*, o al menos no estaba dedicado a atender al público. Pero su desconcierto apenas duró un par de segundos: un individuo uniformado apareció por un recodo del pasillo encarándosele con ademán amenazador...

-¿Qué desea? ¡Está prohibido al público el acceso a esta sección!

-Le ruego me perdone. Seguramente me confundí. -Tadd estaba contrariado en grado sumo al ver que su presa parecía haberse esfumado definitivamente. Hizo ademán de volver al ascensor- Volveré abajo.

-Muy bien -el hombre pareció ligeramente ablandado y con ciertas ganas de ayudarle-. ¿Puede decirme qué sección buscaba? Tal vez yo... -repentinamente se interrumpió mirándole más fijamente. La amabilidad desapareció completamente de su voz:- ¡Oye, pimpollo! Yo te conozco a ti. Eres el mismo que la semana pasada atrapamos queriendo llevarte géneros sin pagar.

-¡Oiga usted! ¿Qué se ha creído? -Tadd estaba tan indignado que no alcanzaba a comprender que todo era una comedia- ¡La semana pasada yo estaba muy lejos de aquí!

-¡Bud! ¡Pierre! -gritó el guardián sin hacerle el menor caso- ¡Venid en

seguida!

Y sin esperar a los otros alargó un brazo con la sana intención de sujetar a Tadd, pero su propósito se vio frustrado al encontrar el vacío, y en cambio, mal de su agrado, encajó un soberbio puñetazo que le hizo retroceder contra la pared, donde quedó unos instantes casi fuera de combate. Kroster pulsó frenéticamente el botón de llamada, sabiendo que era necesario poco menos que un milagro para que el ascensor llegase a tiempo de esquivar a los compañeros del que pretendiera detenerle. Y, efectivamente, así ocurrió. Dos gigantescos individuos hicieron su aparición en escena y, sin detenerse un solo instante, se arrojaron sobre él. Tadd se defendió valientemente, pero aquel lugar tan estrecho no permitía gran libertad de movimientos y a poco se sumaba a la pelea el primer guardián. En breves segundos estuvo machacado a golpes, aunque los otros no salieron muy bien librados, como lo demostraba la ceja abierta de uno y las violentas arcadas que se le producían al que le recibió, como consecuencia del fulminante derechazo que encajara en el estómago. Casi desmayado arrastraron al pobre Tadd hasta una habitación donde le dejaron tirado como un saco.

CAPÍTULO IV

-Salga, amigo. Le vamos a mudar de casa.

Stan Burgess se levantó lentamente del suelo y salió del cubículo. Dos hombres le apuntaban con sendas pistolas, mientras un tercero tenía preparados unos cordeles con los que evidentemente pensaban atarle.

-¿Qué van a hacer conmigo? -preguntó sin ninguna esperanza de que fuera satisfecha su curiosidad.

-Ya se lo he dicho -contestó uno de los hombres armados, sin que en sus palabras pudiera entreverse animosidad alguna-. Vamos a llevarle a otro lugar más cómodo.

Ni una sonrisa ni un gesto le proporcionaron indicio alguno acerca del significado de esta frase. Lo mismo podía indicar un cambio de prisión como... cualquier otra cosa. Encogiéndose de hombros presentó las manos al de las cuerdas. Los otros descuidaron algo la guardia al verle someterse tan dócilmente.

-A la espalda, por favor -seguramente pensaban que con un prisionero tan pacífico debían mostrarse educados, como correspondiendo. Stan, sin replicar, obedeció, y el otro, adelantándose dos pasos, se interpuso momentáneamente en la trayectoria de tiro. Era lo que Burgess estaba esperando.

Un rápido giro sobre sus talones le llevó a enfrentarse con el que se disponía a atarle, quien sorprendido no pudo hacer otra cosa que volverse a su vez impulsado por la violenta torsión que sobre su brazo estaba ejerciendo el prisionero. Sujetándole con una mano le cruzó la otra por delante del pecho en busca de un arma, que localizó, según supusiera, bajo la axila izquierda; con ella en la mano y sirviéndose como escudo de su cautivo, la posición, si bien bastante precaria, mejoraba bastante. ¡Con tal que los otros no osaran disparar por no herir a su compañero!

-¡Tiren los juguetes, señores!

Los hombres vacilaron unos momentos, mientras Stan ejercía una ligera presión hacia arriba que arrancó un doloroso gemido a su maltratado rehén. Finalmente, con ademán resignado, dejaron caer las armas.

-Pónganse de cara a esa pared, con las manos bien altas -sin replicar obedecieron y él aflojó la presión hasta dejar libre al hombre que sujetaba. En pocos segundos, siguiendo órdenes de Burgess, ató a los otros y él mismo

quedó reducido a la impotencia. Sus propios pañuelos sirvieron de mordazas.

Despejado el camino, ascendió sigilosamente por las escaleras hasta llegar al piso superior. Le hubiera gustado llevar consigo a aquellos hombres, que podrían haberle dado la pista que necesitaba, pero comprendió que esto resultaba poco menos que imposible. Bastante haría con lograr salir.

Asomando cautelosamente la cabeza por la puerta del sótano, y visto que nadie rondaba por los alrededores, se deslizó dentro de la cocina. Cuatro pasos más le llevaron a la puerta trasera... y allí acabó la fuga. Millones de estrellas comenzaron a bailar a su alrededor y las piernas se le doblaron hasta quedar arrodillado sobre el suelo. Casi sin darse cuenta de lo que hacía intentó esquivar el segundo golpe, lográndolo en parte. Perdidas las fuerzas, cayó de bruces sobre el duro cemento.

El hombre que le golpeara le arrastró hasta dentro de la cocina, cerrando precipitadamente la puerta. Stan pudo darse cuenta de que le sujetaban las muñecas a la espalda con unas cuerdas, luego los pies, hasta dejarle convertido en un verdadero fardo. Por unos instantes quedó solo, mientras su captor bajaba al sótano a liberar a los tres que habían quedado allí.

Ni una sola palabra recriminatoria se cruzó entre ellos. Parecían aceptar las circunstancias como algo natural y no dieron muestras de resentimiento alguno contra él. Entre todos lo llevaron al garaje, colocándolo en el portaequipajes de un coche, y poco después emprendían la marcha en dirección desconocida.

Varias horas estuvieron corriendo a buena velocidad, al parecer por buenas autopistas, que luego abandonaron para internarse por un camino infernal, a juzgar por los saltos qua daba el automóvil. Cuando se detuvieron, Stan Burgess no estaba muy seguro de que le quedara un hueso sano en el cuerpo.

Se hallaban en el interior de otro garaje, y de allí le hicieron salir inmediatamente luego de desatarle las piernas. Un paseo de cincuenta metros y ante ellos se levantaba la esbelta silueta de un rápido helicóptero. Siempre sin pronunciar más que las palabras imprescindibles, subieron todos. Por lo visto les estaban esperando, pues antes de que tuvieran tiempo de acomodarse ya se encontraban surcando los aires a fantástica velocidad. Solamente entonces pudo Burgess dar un vistazo a los demás que ocupaban los asientos de la espaciosa cabina.

Directamente delante de él podía ver la parte posterior de la cabeza del piloto. A uno y otro lado se sentaban dos de los que vinieron con él; y observó, sorprendido, la presencia, detrás, de Tadd Kloster y Johnny Travert, aquél tan empaquetado como él mismo, y Johnny en cambio, perfectamente libre, charlando amistosamente con un joven bien parecido. Al percatarse de que Stan le miraba sonrió.

-Por fin, has decidido unirte a nosotros, ¿eh? Verás qué bien lo vamos a pasar con estos amigos.

Sorprendido por esta inesperada actitud, Burgess continuó mirándole fijamente.

-¿Qué significa eso, Johnny? ¿Es que formas parte de esta cuadrilla de granujas?

-No son mala gente, Stan. Conmigo se han portado muy bien -algo en la entonación de su voz hizo comprender a Burgess que Travert, por el motivo que fuese, no era dueño de sí mismo. Se volvió hacia Kloster.

-¿También a ti te cazaron, Tadd?

Una triste sonrisa de los abotagados labios precedió a la respuesta.

-Ya lo ves, hijo. Así tratan a los periodistas que pretenden cumplir honradamente con su misión. Este oficio se está poniendo cada vez peor.

Apretujado entre dos de sus guardianes, Stan tenía que hacer violentos esfuerzos para volverse, por lo que renunció a ello, dedicándose de lleno a la tarea de intentar soltarse, que ya había iniciado mientras le traían en el coche. Las cuerdas estaban desde luego muy apretadas y tenía que esforzarse continuamente para no morderse los labios a causa de los agudos dolores que le producían las ligaduras al clavársele profundamente en la carne. Pero tercamente continuaba insistiendo, convencido de que, si se presentaba alguna oportunidad, contaría con más probabilidades a su favor teniendo las manos libres.

Las ataduras de las muñecas iban cediendo lentamente a costa de las que le sujetaban los codos. Una de las vueltas iba deslizándose por la mano hasta que pudo alcanzarla con los dedos de la otra, y luego la cosa ya fue relativamente más fácil, si bien el temor a que sus acompañantes se percataran del movimiento de sus brazos hacía la tarea más difícil de lo que hubiera sido normalmente. Ahora ya alcanzaba los nudos con relativa facilidad **y,** aunque al terminar tenía todas las uñas rotas y las yemas de los dedos le sangraban,

así como las muñecas, pudo finalmente considerarse libre. Con un suspiro se arrellanó en el asiento sintiendo como se normalizaba la circulación de la sangre mientras se desprendía del resto de las ataduras.

El helicóptero volaba muy bajo en dirección al mar, cuya inmensidad azul se aproximaba rápidamente. Stan concibió una atrevida idea que, si bien podía costarles la vida a todos ellos, era la única probabilidad que le quedaba de alcanzar la libertad y tal vez capturar al propio tiempo a alguno de sus acompañantes. Sin pensarlo más puso manos a la obra en cuanto vio desaparecer por debajo la última faja de tierra.

Un repentino salto pilló completamente por sorpresa a los dos que tenía a su lado, y si bien uno de ellos pudo cazarle un brazo no pudo impedir con ello que con la mano libre golpeara violentamente al piloto en un pómulo al tiempo que dejaba caer todo su peso sobre él, lanzándole contra la palanca de elevación que tenía entre las piernas, la cual se inclinó hacia adelante haciendo entrar en profundo picado a la máquina voladora. Fue cuestión de pocos segundos, dada la poca altura y mucha velocidad, el que fueran a hundirse, con un fuerte choque, en las poco profundas aguas a un centenar de metros de la costa.

Luchando y maldiciendo fueron todos ellos de un lado a otro. Stan aumentó la confusión distribuyendo puñetazos y puntapiés en todas direcciones, mientras el agua comenzaba a invadir la cabina. Todos pretendían salir a un tiempo por la estrecha portezuela y Burgess aprovechó aquello para aflojar las ligaduras de Kloster mientras por una de las ventanillas veía cómo varias embarcaciones se aproximaban. Dejando que Tadd acabara de soltarse, empuñó un extintor de incendios vaciando el espumoso contenido sobre sus captores, casi cegándolos; y cuando estuvo agotado el depósito lo enarboló como una cachiporra, dando con ello tiempo a que llegasen los que pretendían socorrerlos. Allí hubiera debido terminar todo, pero no convenía en modo alguno a los planes de Burgess el que sus captores fueran tratados como unos «pobrecitos náufragos» dándoles con ello ocasión de escapar. Ayudado por el ahora liberado Kloster, siguió armando escándalo a fin de obligar a los otros a presentar pelea, y cuando la cabina fue invadida por una multitud de gente, entre ellos varios policías uniformados, se encontraron con una reyerta fenomenal que a duras penas pudieron sofocar, no sin antes verse obligados a dar... y recibir algunos golpes por su cuenta. Finalmente, con el agua llenando

casi por completo el interior del helicóptero, consiguieron embarcarles a todos en la lancha policial.

Duramente tratados por los malhumorados policías, fueron todos encerrados en una amplia celda de la comisaría costera, pero el plan de Burgess aún no había alcanzado a proporcionarle lo que buscaba, por lo que con un imperceptible guiño a Kloster se lanzó sobre el desprevenido Hobbes tumbándole cuan largo era ante la mirada atónita de los agentes. Tadd no se quedó atrás en su papel y otro de los secuestradores lanzó un alarido de dolor al recibir en el hígado algo semejante a la coz de una mula.

Inmediatamente se les echaron encima los guardias, sacándolos a viva fuerza de la celda. Uno de los que quedaban, recelándose la treta, intentó evitarlo.

-Déjenlos aquí. Nosotros nos cuidaremos de ellos -dijo con acento conmiserativo como queriendo dar a entender que desvariaban. Pero el sargento se negó en redondo.

-De ninguna manera. Queremos estar tranquilos.

Stan Burgess no pudo reprimir una alegre sonrisa de sus maltratadas facciones.

-Gracias, sargento -dijo-. ¿Puede escucharnos unos momentos? Es importante.

La entonación empleada distaba mucho de la actitud de momentos antes y el sargento se le quedó mirando desconfiadamente. Tras unos instantes de duda se decidió.

-Vengan conmigo -y les hizo pasar a su despacho. Allí tomaron asiento sobre dos destartaladas sillas que amenazaban hundirse a cada instante bajo su peso, mientras el sargento se acomodaba detrás de una viejísima mesa de nogal con todos los bordes salpicados de quemaduras de cigarros- ¿Qué es lo que tienen que decirme?

Stan vaciló unos momentos. No sabía por dónde empezar. Finalmente señaló a los restantes agentes que permanecían en la habitación.

-¿No podría hacer salir a...?

-¡No! -la respuesta llegó instantáneamente-. Les he visto en acción y no tengo ningún deseo de que les repita... el arrebato.

Burgess quedó cortado unos instantes. Pero Tadd fue tan rápido en solucionar la cuestión como el sargento lo fuera antes en negarse.

-Pueden esposarnos a las sillas si lo consideran necesario, sargento. Así no habrá cuidado de que convirtamos esto en un campo de Agramante.

El hombre no acababa de decidirse. Stan le espoleó.

-Le aseguro, sargento, que puede costarle un disgusto si no nos escucha.. Atiéndanos unos instantes y se convencerá.

-¡Está bien, está bien! Millikan, átalos juntos.

El aludido sacó un par de esposas, sujetando con ellas el tobillo derecho de Burgess al izquierdo de Kloster. Luego, pidiendo prestado otro par a un compañero, realizó la misma operación con las manos de ambos.

-Ya está cumplido su deseo -dijo el sargento cuando hubieron salido sus subordinados-. Ahora, veamos lo que tienen que decirme.

* * *

El general Eakins paseaba nerviosamente de un lado a otro de la destartalada oficina del sargento Slattery. De sus labios salían frases ininteligibles, mientras cruzaba y descruzaba las manos a su espalda. Al cabo de un rato se plantó ante sus tres subordinados.

-Pero, ¿a santo de qué iban a secuestraros, vamos a ver?

Los tres muchachos, bastante cohibidos, se encogieron de hombros en señal de ignorancia. Travert, que parecía el más tranquilo, afirmó:

-¡Pero si no nos secuestraron, general! Se portaron muy atentamente con nosotros. Según me dijo Hobbes, lo único que pretendían era llevarnos a un lugar donde lo pasaríamos estupen...

-¡Cállese! -estalló indignado *Sparks*, como le llamaban cariñosamente. En estos momentos hacía honor al apodo: literalmente *echaba chispas*-. ¡En mi vida he oído mayor sarta de incoherencias! Mientras uno dice que los llevaban a un crucero de placer o cosa semejante, los otros dos afirman que los secuestraron. ¿Quién está loco?

-General -intervino Burgess suavemente-. yo creo que Johnny está dopado**.** Su comportamiento ha sido muy raro últimamente. ¿Por qué no le hace revisar por un médico? Yo diría que le han dado algo semejante a una pequeña dosis de pentotal...

Eakins se volvió sorprendido hacia él.

-¿Para qué se la habrían de dar?

-Si yo lo supiera, tal vez podría explicarle muchas más cosas. Por ejemplo, los motivos de nuestro secuestro. Una explicación bastante plausible

podría ser que, como ocurrió efectivamente, en esta forma Johnny resultaba mucho más fácil de manejar.

-Pero a ti y a Kloster no os dieron nada de eso -arguyó el general.

-Las circunstancias eran distintas. Supongo que a mí me retuvieron porque algo que le dije a Conti durante nuestra entrevista le hizo presumir que yo sabía más de lo que le convenía a él. Cuando Tadd preguntó por mí sospecharon que se les vigilaba estrechamente y les tendieron la celada de *Tracy's* a estos dos. Pero -recapacitó en alta voz-, ¿qué le diría a Conti para decidirle a actuar?

-Ya procuraremos reconstruir la conversación -dijo el general bastante tranquilizado. Las cosas, tal como las explicaba Burgess, parecían algo más lógicas que al principio-. De momento os vais a venir conmigo. En cuanto a esos individuos que tiene usted enjaulados, sargento, cuídelos como si fueran hijos suyos... pero sin mimarlos demasiado. Ya enviaré a buscarlos. Y, si se le pierde alguno... ¡procure desaparecer usted con él!

Y dejando temblar en el aire la amenaza contenida en la última frase, salió con los tres recientes graduados de la Escuela Especial de la Armada.

CAPÍTULO V

Harry Ngayo se reclinó en su confortable butaca antiaceleración, saboreando sibaríticamente el cigarrillo cuyo humo desaparecía casi instantáneamente en el interior del tubo del purificador de aire. Faltaban apenas tres días para que el *Beagle* llegase a su destino en el astropuerto de Deimos, llevando un cargamento de semillas para los nuevos huertos experimeniales de Marte, y el viaje no había podido ser más tranquilo. Ngayo, un muchacho nativo del antiguo Camerún, ya era veterano en estas rutas a pesar de su juventud, y se refocilaba al pensar que pronto podría poner lo pies en tierra firme. No se trataba precisamente de ninguna gran ciudad, pero las diversiones que pudiera proporcionarle Nueva Miami bajo su colosal cúpula de plástico bastaban para sus gustos sencillos. Por lo menos se evadiría durante algunas jornadas del aburrimiento proporcionado por la única compañía de los otros dos miembros de la reducida tripulación. No era que Bert Martin o Víctor Dugan fuesen malos muchachos, pero...

Una voz alegre le interrumpió en sus meditaciones.

-¿Cómo va por ahí, moreno? -Harry sonrió.

-Aburrido. Ya he contado tres mil estrellas. Ahora me estoy dedicando solamente a las azules. ¿Y vosotros?

La voz soltó una imprecación.

-¡Muy mal! Este granuja que nos ha caído en desgracia me ha birlado un mes de paga con sus malditas trampas, ¡y yo sin escarmentar!

-¿Quién es el tramposo? -inquirió una nueva voz. Y ambos se enzarzaron en una acalorada discusión. Ngayo cerró el intercomunicador, dejándolos pelearse; siempre andaban igual, pero jamás llegaban a las manos. Era una distracción como otra cualquiera.

En el deslustrado cristal de la gran pantalla de radar apareció un pequeño puntito de parpadeante luz. ¡Un aerolito!, pensó. No era nada extraño, ya que esta parte del espacio estaba plagada de ellos. Otro. Luego dos más. Todos ellos se iban aproximando lentamente al centro de la pantalla, indicando que sus órbitas se cruzaban de muy cerca con la del *Beagle*.

-¡Qué raro! -exclamó el negro en voz alta. Efectivamente, no era cosa muy común el que cuatro planetoides, aun de pequeño diámetro como aquellos, marcharan casi juntos. Lo lógico era que hubiesen acabado siglos ha juntándose por la mutua atracción para formar uno solo. Aunque también

podía darse el caso de una simple coincidencia que los hubiera juntado en aquel lugar, difiriendo mucho entre sí las respectivas órbitas. Harry observó intrigado la pequeña procesión en busca de este detalle. Sí. En efecto, parecían ir separándose pecó a poco, excepto el segundo, que guardaba inalterablemente las distancias con uno de los dos últimos.

Haciendo caso omiso de los demás, se dedicó a observar estos dos. Iban rectamente a encontrarse con el *Beagle*. Un rápido cálculo le confirmó en esta idea, y durante unos momentos estuvo tentado de llamar a los otros dos, pero luego pensó que no valía la pena. El solo podía realizar la maniobra necesaria para evitar la colisión. No era tan difícil.

Su mano derecha se extendió en movimiento casi mecánico hacia el control de dirección, pero antes de que pudiera alcanzarlo quedó quieta en el aire, ¡ésa no era la solución! ¿Para qué desviar el curso? Un sudor frío comenzó a brotarle de la frente. ¿Cuál era, pues la maniobra? Centenares de veces la había realizado y ahora no podía recordar con claridad qué debía hacer. La lógica le decía que a aquella distancia un pequeñísimo giro era suficiente, pero a pesar de todo ¡no debía hacerlo!

Como un relámpago de luz penetró en su cerebro e inmediatamente supo cómo soslayar el ya casi inminente peligro. Avanzó nuevamente la mano y esta vez nada le impidió que colocase la palanca de marcha en reverso, acelerando al propio tiempo. ¡Un frenazo limpio y el errante peñasco pasaría por su trayectoria antes que él! Luego podría reanudar tranquilamente la marcha.

Mientras observaba el resultado de su maniobra volvió a establecer la comunicación con sus compañeros. Inmediatamente hirió sus oídos una sarta de maldiciones que poco después se convertían en palabras perfectamente inteligibles.

-¡Condenado negro! ¡Podías haber avisado! ¿A quién se le ocurre decelerar de esa manera? ¿Te has creído que somos pelotas de goma para zarandearnos de un lado a otro?

Ngayo palideció hasta que sus morenas facciones adquirieron un acusado tono grisáceo. ¿Cómo podía haber olvidado tan elemental precaución? No debía encontrarse bien. Avergonzado, habló:

-¡Perdonad, chicos! No sé qué me pasa, pero... pero... ¡Cuidado! -ahora su mano no titubeó un solo segundo, y antes de que él pudiera siquiera

analizar la situación, había desviado el rumbo lo suficiente para pasar casi rozando la enorme mole que se interponía en su ruta. Tembloroso se dejó caer en el sillón mientras una nueva algarabía de gritos le llegaba de abajo.

¡El maldito asteroide se había dirigido en derechura hacia él, desviándose de su primitiva órbita! ¿Había algún asteroide capaz de hacer esto? Además, su superficie, perfectamente esférica, parecía más bien indicar que se trataba de algo completamente ajeno a la obra de la naturaleza. Por tanto, ¡una astronave!

Allí estaba de nuevo, a su lado. ¡Era enorme! Ngayo aceleró hasta el máximo sin hacer caso alguno a los lamentos de sus camaradas, pero el *Beagle* no alteró ni un solo milímetro su posición con respecto a su indeseado vecino. Invirtió el sentido de la marcha y... nada. Puso los controles en punto muerto... exactamente igual. Resignado abandonó la lucha.

-¡Bert, Vic! Subid aquí... -y recordando el traqueteo a que los tuvo sometidos en los últimos minutos, agregó, aunque sin traza de humor en su temblorosa voz- si podéis.

Podían. Y al ver el luminoso globo que flotaba a su lado olvidaron sus sanguinarias intenciones con respecto al alocado piloto que casi había acabado con ellos. Inmóviles los tres hombres asistieron pasivamente a la última parte de la aventura sin que ni siquiera se les pasara por la imaginación el preguntarse por qué no hacían algo para evitar su inminente captura. Lentamente el *Beagle* fue aproximándose al colosal esferoide hasta quedar a pocos metros de su superficie. Una gran compuerta se abrió y por ella fue el transporte con su cargamento y tripulación hasta quedar flotando en medio de una cámara lo suficientemente amplia para dar albergue a una docena más de naves semejantes. La compuerta se cerró. Los tres espacionautas continuaron inmóviles sin sentir ninguna sensación que hubiera sido perfectamente natural en tales circunstancias: miedo, pasmo, curiosidad... nada. Cualquier observador hubiera pensado de ellos que estaban paralizados o que aquello era cosa corriente en sus vidas.

* * *

-¿Quieres pasar, Stan? Papá estará seguramente en casa a estas horas. Ya sabes que le gusta charlar un rato contigo.

Stanley Burgess dudó solamente un segundo. No es que le desagradara la idea de charlar un rato con el General, pero temía que éste no

viera con buenos ojos la asiduidad con que frecuentaba la compañía de su hija Diana, porque al fin y al cabo, ¿qué era él? Un simple oficialillo de la última hornada de la Escuela, cuya primera misión había fracasado estruendosamente. Su porvenir no se presentaba exactamente de color de rosa. Un par de *éxitos* como el habido y podía decir, imitando a Pirro: *Estoy perdido*.

Finalmente pudo más la instintiva simpatía que le inspiraba el general Eakins y el vehemente deseo de saber noticias, y asintió:

-Vamos.

El viejo *Sparks* estaba en su despacho repasando la correspondencia del día. Su hija le abordó sin ceremonia alguna, mientras Burgess permanecía discretamente en la puerta.

-Papá: hay un señor que desea verte.

-¿Quién es? -al levantar la vista reparó en el visitante- ¡Ah! ¡Hola, Stan! Pasa, hombre; no te quedes ahí parado.

-Gracias, gen... señor -Eakins le había prohibido terminantemente que le nombrara por su graduación, salvo cuando ambos estuvieran de servicio-. ¡Ejem!... Pasaba por aquí, casualmente... y me dije... pues vamos a hacerle una visita al jefe -el muchacho estaba ligeramente azarado y no lo disimulaba muy bien. Eakins le dedicó una amistosa sonrisa cargada de ironía.

-Ya... casualmente, ¿eh? Y dime: ¿ibas solo?

Stan enrojeció violentamente pareciendo a punto de ahogarse. Diana acudió en su auxilio.

-¡Papá! -exclamó en tono de reproche- ¡Sabes muy bien que ha venido conmigo! ¿Por qué te empeñas en mortificar a Stan de esa manera?

El general se volvió hacia ella sin abandonar la sonrisa. .

-¿Y por qué... cáscaras -cuidadosamente sustituyó el violento taco por una expresión más suave. Diana era temible cuando se enojaba por las fuertes palabras que se le escapaban de vez en cuando- se tiene que empeñar él en ocultarme que se ve todos los días contigo? ¿Acaso me he opuesto alguna vez a vuestra amistad?

-No, papá; pero ya conoces a Stan...

-¡Pues ya es hora de que me vaya conociendo él a mí! -tronó *Sparks*-. En mi casa, muchacho, no nos fijamos en otra cosa que la valía *personal* de las amistades que escogemos. Con que abandona ese complejo y anímate.

Mientras no demuestres con tus actos que eres indigno de poner los pies aquí, puedes considerarte como de casa.

-¡Gracias, señor! -murmuró Burgess emocionado- ¡Procuraré merecerlo siempre! -y agregó como disculpa-. Yo pensaba que mi... fracaso en la primera misión que me encomendó usted podría... haber influido algo en su buen concepto hacia mí.

-¡Fracaso dice! ¡Y me presentó en bandeja nada menos que siete individuos a los que yo hubiera dado cualquier cosa por echarles el guante! Sin contar con que salvaste tu vida y la de tus compañeros...

-De eso quería hablarle, señor -Stan se apresuró a desviar la conversación para que no le abrumaran con más elogios-. ¿Se ha podido sacar algo en claro de ellos?

-Prácticamente, nada. O ignoran en absoluto para quién trabajaban o son los mejores actores con que nos hemos enfrentado nunca. Lo único que podemos lamentar, aparte de esto, es que, por lo visto, los famosos desaparecidos tenían algo que ocultar. Se esfumaron inmediatamente y ésta es la hora en que aún no sabemos nada de ellos. En fin, a mi entender esto es capítulo cerrado: no se ha producido ningún daño y quedamos tranquilos.

-No opino yo así, y perdone, señor, que le contradiga. Pero hasta que no sepamos las causas de todo ello seguiré pensando que en ese asunto había bastante que investigar; y lo más importante es que no sabemos siquiera si todos los que desaparecieron lo hicieron por propia voluntad u obligados por algo o alguien.

-Bien, pero en cuanto a nuestra actuación personal puede darse el asunto por olvidado. Se continuará investigando, desde luego, ya que a mí tampoco me gusta dejar cabos sueltos; y si sale algo nuevo, pues.... -dejó la frase en el aire. Luego, recordando que había asuntos más interesantes de que tratar, prosiguió-: Si no hubieras venido hoy, pensaba llamarte mañana. Tus vacaciones han terminado definitivamente.

-Pero... ¡Si aún me quedan...! -protestó Burgess. La idea de dejar de verse con Diana Eakins durante el tiempo que le faltaba para completar el permiso de graduación se le hacía particularmente intolerable.

-Sí. Lo sé, lo sé. Pero has de tener en cuenta que tú y tus dos amigos... Travert y Kloster, creo que se llaman, ¿no?, sois los mejores elementos con que cuenta la primera promoción del nuevo plan de estudios de la Escuela, y

estáis mejor preparados que la mayor parte de los que llevan varios años de servicio. Por tanto, no te extrañe que hasta que vengan nuevas promociones se os encomiende trabajo en abundancia.

-De acuerdo -concedió, resignado-. Veamos de qué se trata.

-Tomaréis uno de los nuevos aparatos de patrulla para ver de encontrar el *Beagle*, un transporte que se ha perdido cerca de Marte. En la hoja de instrucciones están los antecedentes necesarios... que, por desgracia, son bien pocos. Saldréis pasado mañana.

* * *

-Aquí es, aproximadamente, donde se perdió el rastro del *Beagle*.

El pequeño «S.P.7» estaba casi detenido en el lugar donde se calculaba hallarse el *Beagle* en el momento en que realizara la última transmisión radiada a la base de Deimos, el pequeño satélite marciano.

-De acuerdo -dijo Travert-. ¿Qué hacemos ahora?

-Tú siempre haciendo preguntas infantiles -bromeó Kloster-. Ahora saldremos al exterior y nos pondremos a llamar a gritos. Como no hay aire, nuestras voces llegarán muy lejos y, en cuando nos contesten, vamos allí y los recogemos. ¡Sencillísimo!

-No me parece ocasión apropiada para esa clase de chanzas, Tadd -le reconvino Burgess, que pilotaba en aquel momento-. Mi parecer es que sigamos la misma ruta del *Beagle* durante algún tiempo, calculando su posible trayectoria en caso de que una avería les impidiera realizar variaciones en el rumbo. Si es esto lo que les ha ocurrido, es posible que demos con ellos.

Durante varios días estuvieron buscando al desaparecido carguero. Cada vez que en su pantalla del radar de largo alcance aparecía un objeto cuyas dimensiones podían coincidir con las de la nave, se desviaban a su encuentro hasta convencerse de que era una falsa alarma, y luego anotaban cuidadosamente la posición y rumbo del aerolito para evitar tener que visitarlo de nuevo si se veían obligados a dar nuevas paradas. Pero el *Beagle* no aparecía por ningún lado.

-¿No se habrá producido alguna explosión a bordo que lo haya aniquilado por completo? -preguntó Kloster- Por sus propios medios es casi imposible que se alejara tanto.

-Cabe que ocurriera lo que tú dices, pero sería sumamente difícil que una explosión en los tanques de combustible o los motores destruyera los

compartimientos de la tripulación, que iban en la parte de proa. La radio no hubiera dejado de funcionar -Stan se devanaba inútilmente los sesos en busca de una explicación.

-A no ser que murieran todos los tripulantes en el acto... -agregó Travert por su cuenta.

Burgess puso fin a la batalla de las hipótesis.

-Viremos. Estamos ya en pleno cinturón de asteroides, y precisamente en su parte más espesa. Encontrar al *Beagle* aquí sería tarea de siglos. De modo que daremos otra pasada a nuestro recorrido, ampliando hasta el máximo el alcance del radar, y.... veremos qué pasa.

Nuevamente la tediosa tarea de revisar peñascos de todos los tamaños, pero ahora resultaba mucho más lento. El potente detector descubría objetos distantes centenares de miles de kilómetros y su camino era un continuo zigzag, yendo de acá para allá... y siempre volviendo al punto de partida, decepcionados. Gradualmente iban perdiendo la esperanza de hallar rastro alguno. En sus periódicos informes a la Tierra daban a entender las pocas posibilidades que quedaban ya.

Tadd se había hecho cargo de los mandos mientras Johnny Travert vigilaba hipnóticamente la pantalla, computando los datos que en ella se reflejaban para cotejarlos con las notas tomadas anteriormente. Casi siempre daban como resultado un planeotoide ya estudiado previamente por ellos. Stan Burgess descansaba embutido en la especie de saco que constituía una de las literas.

Repentinamente Travert lanzó una exclamación de sorpresa.

-¡Tadd! ¡Ven acá!

Kloster abandonó momentáneamente los mandos para acudir junto al otro. No vio sino un pequeño punto de luz a bastante distancia por delante de ellos. Decepcionado volvió a su sitio.

-¿Para eso me llamas? Ese pedrusco no puede ser el *Beagle*; es demasiado grande. Además, tenemos que haberlo visto antes, ya que habremos pasado muy cerca de él.

-Esa es la cuestión, Tadd: que no lo hemos visto antes... o al menos no está aquí anotado.

-¿Quién vigilaba en este sector cuando pasamos antes?

-Stan. Al menos la letra es la suya.

-Es posible que pensara que no valía la pena fijar su posición. Después de todo, no pudiendo ser lo que buscamos, pensaría que daba lo mismo.

-Pues eso mismo es lo que me extraña. Stan tomó los datos de otros, tanto o más grandes que éste. Voy a llamarle...

-Déjalo en paz. Está cansado. Nos acercaremos,y Si es...

Una fuerte imprecación de Johnny le interrumpió. El muchacho miraba a la pantalla con los ojos extraordinariamente abiertos, como no dando crédito a lo que veía. Burgess despertó, ligeramente sobresaltado.

-¿Qué pasa?

-Nada -contestó Kloster, malhumorado-. Que éste se cree haber hallado el *Beagle* convertido en un aerolito de dos kilómetros de diámetro.

-Eso te crees tú -el tono de Travert era agresivo-. Venid aquí y veréis algo bueno.

-¡Bah! -rezongó el piloto, aproximándosele de mala gana. Burgess se unió a ellos.

-¡Oye! -dijo inmediatamente, sorprendido- *Eso* no mide dos kilómetros.

-No necesito que me lo digas -Kloster se rascó la cabeza sorprendido-. ¿Es el mismo de antes? -preguntó dirigiéndose a Johnny.

-Al menos ocupa la misma posición.

-No me negarás que antes parecía mucho mayor -lo señaló acusadoramente con el índice.

-Así es. De pronto apareció a su lado este otro que se ve ahora y en menos de un segundo se esfumó el mayor como si nunca hubiera existido. ¿Nos acercamos? -y cuando Burgess hubo contestado afirmativamente Tadd ya empuñaba los mandos, intentó aclarar con Stan la duda surgidas poco antes- ¿Lo viste tú en la pasada anterior? No anotaste nada.

-Entonces no lo señaló la pantalla -afirmó rotundamente el interpelado-. Observarás que en mis notas están indicados todos los objetos detectados, cualquiera que fuera su tamaño. Si no lo hice con éste es porque no estaba aquí. ¿Te fijaste en su velocidad?

-Seguro. No podía haber variado mucho su posición.

Conforme se acercaban al misterioso objeto se iba afirmando en ellos más y más el convencimiento de que por fin habían dado con el perdido

Beagle; y poco después podían confirmar visualmente, por medio del telescopio de a bordo, la certeza de esta suposición. Horas más tarde se detenían junto a la nave en cuyos costados podía leerse perfectamente el nombre y número de matrícula. Habían dado término a la búsqueda.

-Será preciso abordarlo -observó Burgess-. Desde aquí no se aprecian señales de vida a bordo... ni pueden verse destrozos en su estructura. Por tanto podemos abandonar definitivamente la hipótesis de una explosión.

En efecto, la astronave no parecía haber sufrido daño alguno exterior. Sus bruñidas superficies relucían bajo la luz de los astros, mientras giraba lentamente, y por ninguna parte podía verse el más leve signo de violencia.

En pocos minutos Burgess y Kloster estuvieron equipados con los trajes de vacío. Uno tras otro se introdujeron en la esclusa y cuando estuvieron reunidos en el exterior dieron un pequeño salto para despegar las suelas magnéticas del casco del «S.P.7»; una ligera torsión en un resorte que llevaban sobre el pecho hizo funcionar los diminutos cohetes individuales, que en pocos segundos los llevaron junto al *Beagle*. Sin ninguna dificultad pudieron introducirse en la cámara estanca, pasando seguidamente al interior, que registraron minuciosamente durante más de una hora. Por fin se reunieron en el cuarto de derrota. Ambos estaban perplejos.

-No lo puedo creer -murmuró Tadd desplomándose en el sillón del piloto-. ¿Dónde demonios han podido ir a parar los tripulantes?

-A mí que me registren -repuso Burgess tan intrigado como él mismo-. El cargamento está intacto. Las provisiones, el equipaje personal de los tres hombres. No falta absolutamente nada excepto estos últimos.

-¿No crees posible que hubiera a bordo algo de verdadero valor y se hayan largado llevándoselo?

-Es posible, pero lo dudo. Para eso tenían que haber estado de acuerdo con alguien que tuviera otro aparato, y les resultaba mucho más sencillo haber fingido una avería más cerca de Marte... En fin, ¿para qué preocuparnos más con hipótesis sin ningún fundamento? Regresemos.

CAPÍTULO VI

Durante los días que tardaron en alcanzar la Base lunar donde tenía su astropuerto la Policía especial, Burgess no cesó de dar vueltas en su imaginación al problema que enfrentaba, a pesar de su intención de no preocuparse. Poco a poco iba elaborando una teoría que, a pesar de parecerle fantástica, era la única en que encajaban todos los aspectos conocidos del enigma.

Sparks Eakins le esperaba, y mientras un verdadero ejército de especialistas se lanzaban como buitres sobre el *Beagle* para arrancarle hasta el último de los secretos que guardara en su interior, el general arrastró a los tres muchachos hasta una habitación donde pudiera interrogarles tranquilamente. Poco nuevo pudo obtener de ellos que no conociera ya por los informes radiados en el viaje de regreso.

-¿Y decís que nada parecía haber sido tocado a bordo?

-Nada, general. Todas las cosas estaban en perfecto orden y en los lugares correspondientes. De avería no cabe ni hablar, puesto que hicimos todas las pruebas necesarias con los motores, controles, radio, radar, en fin, ¡hasta la cocina funcionaba perfectamente! Usted mismo lo ha visto descender aquí y no creo que jamás lo haya hecho más suavemente.

-Pues no veo cómo han podido esfumarse los tres tripulantes... -de súbito se le ocurrió una idea que abandonó antes de terminar de darle forma.

Era demasiado absurdo. Pero no obstante, preguntó:

-¿No habrán sido secuestrados?

-Eso es lo que yo creo, general -afirmó Burgess con toda seriedad.

-¡Pero es absurdo suponer tal cosa! -gritó Eakins-. No había motivo alguno para ello, o al menos no conozco yo ninguno; pero si les hubieran arrancado de allí por la fuerza habría quedado algún rastro de lucha. Un abordaje desde el exterior les hubiera permitido lanzar una llamada de socorro...

-Todos esos argumentos los he barajado yo durante cerca de una semana, jefe -le interrumpió un poco bruscamente el joven-. Al principio pensaba como usted, pero ahora estoy casi convencido de haber dado con la clave. No olvide que los nuevos métodos educativos de la Escuela...

-Sí, sí, ya sé todo eso. Yo mismo lo he repetido en infinidad de discursos, entrevistas... y hasta creo que a ti te lo he dicho más de una vez.

Una de las asignaturas trata precisamente de desarrollar las facultades deductivas y de observación de los alumnos para llegar a resultados que a veces pueden considerarse como fantásticos. Veamos, pues, si has aprovechado bien las lecciones o me va a ser necesario hacerte regresar allí.

El general Eakins no parecía muy convencido de que Burgess hubiera encontrado una pista donde él no veía sino tinieblas. Kloster y Travert daban muestras de ser de la misma opinión; ellos habían seguido los cursos de la Escuela al propio tiempo que Burgess y se encontraban tan a oscuras como el propio *Sparks*. Se dispusieron, pues, a escuchar la hipótesis del alumno más brillante de la promoción.

-La cosa arranca con la desaparición y posterior regreso del profesor Conti y los demás...

-¡Oye! -le interrumpió el general, indignado- ¡No irás a decirme que aquello tiene alguna relación con el *Beagle*!

-Pues, sí. Eso mismo quiero significar -repuso Stan con aplomo-. Como decía, según veo yo las cosas, el Sistema Solar ha sido invadido por una fuerza procedente de algún otro lugar del Universo...

-¡Ya está bien! -tronó Eakins echando espumarajos de rabia- ¡Haces gala de una excelente imaginación, pero no esperes que me trague semejante sarta de estupideces!

-Como quiera, señor -Burgess hacía alarde una vez más de su imperturbabilidad, mientras una tenue sonrisa le revoloteaba por el rostro-. Si no quiere reír a costa del soberbio cuento que he fraguado con mi desbordante inventiva, lo mejor que puedo hacer es callarme... e incluso presentar la renuncia, si usted lo considera conveniente. En el Servicio sobran los cretinos.

E hizo ademán de levantarse y abandonar la habitación. Eakins vio que estaba resuelto a llevar su ofrecimiento hasta las últimas consecuencias, y se ablandó inmediatamente. Con un gesto de la mano le hizo volver a su sitio.

-No tomes las cosas así, hijo. Comprende que tengo los nervios deshechos después de andar a ciegas de un misterio a otro, y no he podido contenerme. Escucharé tu historia, aunque me parezca increíble, y luego hablaremos. Te prometo no interrumpirte más.

-Es muy posible, eso lo reconozco de antemano, que usted tenga razón y que mi teoría no responda a la realidad; pero es por otro lado la única que se me ha ocurrido que pueda abarcar todos los hechos que conocemos.

»Como decía: yo he supuesto que alguien de otro sistema estelar ha llegado al nuestro, quizá con propósitos de invadirnos, o por otras causas que no puedo adivinar. Ese alguien, que técnica y científicamente está muy por delante de nosotros, como lo demuestra el hecho de poder realizar saltos interestelares aún prohibidos para nosotros, quiere conocernos a fondo antes de desarrollar sus planes, cualesquiera que sean. Burlando nuestra red de detección arriba a la Tierra en un lugar relativamente deshabitado; captura a uno o varios nativos y se hace dueño de sus mentes por medios hipnóticos. Una vez controlados le resulta sencillo, con su ayuda, secuestrar al profesor Conti, al Presidente Lavery, al general Fraser, en fin, a todas las personas que por su posición podían servir mejor a sus planes de controlar el planeta. La desaparición de todos ellos durante quince días se explica con el hecho de que éste es el tiempo que necesita para adueñarse de ellos o exprimir toda la información de que dispongan, o ambas cosas a la vez.

»Pero en ese momento intervenimos nosotros. En mi entrevista con Giovanni Conti me permití el *bluff* de decirle que sabía que durante su ausencia estuvo con los demás desaparecidos, o al menos en el mismo lugar que ellos, y que se había dedicado a algo ilegal. Esto les alarmó y decidieron secuestrarme para saber hasta dónde habíamos profundizado; el secuestro de estos dos fue más bien cosa accidental, derivada del hecho de que me estuvieran esperando en la calle. Finalmente, cuando conseguimos escapar decidieron que, lo mejor que podían hacer ellos era desaparecer de la circulación. ¡Ah! Una pregunta, general: ¿han logrado algo de los prisioneros?

-Nada. Los hemos sometido a todas las pruebas posibles y cualquiera juraría que no saben siquiera que hayan intervenido en este asunto.

-Muy posiblemente sea así. Si estaban hipnotizados o sometidos al control de otra mente, lo más seguro es que si desaparece esta barrera no recuerden lo ocurrido en el tiempo que permanecieron en esa situación.

»Como decía -prosiguió-, los invasores dejaron la Tierra, llevando consigo a sus cautivos. De ahí que no hayamos podido encontrar su rastro. El espacio es muy grande, y aun en el supuesto de que no hayan dejado el sistema solar, resulta casi imposible localizarlos en una esfera de seis mil millones de kilómetros de radio.

»Alejados de la Tierra, no pueden hacer más prisioneros si no es dedicándose a la piratería. Ni las naves ni su cargamento les interesan, puesto

que las suyas son incomparablemente mejores... y mucho mayores que las nuestras si hemos de creer al reflejo causado por la que abordó al *Beagle* en nuestra pantalla de radar. Esto último debió realizarse paralizando a los tripulantes en alguna forma y tornando a bordo el transporte. Seguramente lo han examinado a fondo, incluso llevándolo a su guarida, puesto que en nuestra primera pasada no dimos con ellos y en cambio nos resultó sumamente fácil en la segunda, cuando estaban reintegrando al *Beagle* en su primitiva ruta. Consecuencia: su escondite, si lo tienen, está lejos, ya que les ha costado aún con su rapidísima nave, varios días para llegar allí, estudiar el *Beagle* y regresar. ¿Queda algún punto suelto, general? -terminó Burgess.

-Ninguno, que yo recuerde ahora. Pero me sigue pareciendo demasiado fantástico para ser creíble. ¿Por qué piensas que el aparato utilizado por los desconocidos piratas es capaz de velocidades enormes? ¿Cuáles pueden ser éstas?

-Como es natural, no dispongo de datos suficientes para fijar un límite máximo, pero el mínimo que concedo es igual al de la luz. Eso se demostró cuando desapareció de nuestra pantalla instantáneamente, siendo así que un segundo antes aparecía nítidamente en ella. Obviamente corrió a mayor velocidad que las ondas de nuestro emisor y no las reflejó.

-No vamos a tener otra solución -dijo el general con cierta repugnancia- que aceptar como buena tu explicación, al menos provisionalmente y mientras no surja otra más potable. Pero en definitiva eso no nos lleva a ninguna parte. Hemos perdido de nuevo la pista.

-¿Usted cree? Yo pienso que mientras hay vida hay esperanza...

-¿Ah, sí? ¿Y qué crees que podemos hacer ahora?

-Probar algunos trucos con los prisioneros. Yo de usted los mandaría traer aquí...

* * *

Los cautivos habían sido trasladados a la Base Luna. Durante varios días trabajaron en ellos un nutrido equipo de hombres, y ahora se disponían Eakins y Burgess a escuchar los distintos informes.

El doctor Childs había realizado un detenido estudio según demostraron sus prolijas explicaciones sobre las distintas pruebas a que había sometido a cada uno de los sujetos: al cabo de medio minuto los dos oyentes se habían extraviado en una inmensa selva de complicadísimas palabras y

altisonantes términos, de los que no sacaban nada en claro. Eakins levantó una mano reclamando la atención del hombre.

-Perdone, doctor. Usted es siquiatra, ¿verdad?

-Sí, general.

-Su trabajo consiste en averiguar si una persona está o no en su sano juicio -más que pregunta esto era una afirmación.

-No exactamente, pero podemos definirlo así.

-En resumen, lo que a mí me interesa es lo siguiente: ¿los hombres que usted ha examinado son absolutamente normales mentalmente, o no?

-La pregunta, tal como usted la ha formulado, general, no puede ser contestada categóricamente. No hay un límite preciso para determinar cuándo una persona...

-Está bien, está bien. Le preguntaré de otra forma: ¿Ha encontrado usted algo en ellos que aconseje su reclusión en un sanatorio mental, o, por el contrario, si fueran pacientes suyos los dejaría ir libremente asegurándoles que estaban perfectamente sanos?

-Los dejaría ir, desde luego, pero...

-Gracias, doctor, puede usted retirarse -y viendo reflejado en el rostro del hombre una mezcla de resentimiento e indignación, procuró aplacarlo-. Creo que será mejor me redacte usted un informe detallado de sus observaciones. Así podré estudiarlo con más calma.

Apenas hubo salido, el general se inclinó hacia Stan Burgess:

-No pienso leer el informe, pero así queda contento el pobre. Cree que sus observaciones son algo interesantísimo para mí. En realidad pienso -añadió en tono normal- si no sería conveniente que todos hicieran lo mismo. Unos informes resumidos y si luego queremos alguna aclaración podremos pedirla.

-Me parece buena idea, general.

Durante tres días estudiaron separadamente la colosal pila de notas. Burgess se preguntaba cuánto tiempo le hubiera costado leerlos todos a no haberse resumido. Pero todo tiene su fin, y al cabo de las tres jornadas tenía formado un esquema bastante aproximado.

-Estos hombres padecen todos la misma enfermedad -observó Eakins-. Úlcera en el estómago.

-Sí, pero es una especie de úlcera desconocida hasta ahora. Las

radiografías la acusan en todos ellos, y, sin embargo, las demás pruebas clínicas no señalan rastro alguno. Como pienso que no es asunto de abrir a uno de ellos en canal, quiero pedirle permiso para hacer un pequeño experimento por mi cuenta. ¿Me lo permite?

-Haz lo que quieras. A pesar de tus descabelladas teorías creo que eres el único que puede sacar algo en limpio de todo este lío.

Al día siguiente Stan Burgess bajó al pequeño hospital subterráneo de la Base. En una de las habitaciones había un hombre inmóvil sobre una cama, y frente a él un complicado aparato proporcionaba la única iluminación al recinto. En las sombras detrás de la máquina alguien pulsaba continuamente distintos controles.

Burgess se detuvo a observar durante unos instantes y luego pasó a reunirse con el que manejaba los rápidos cambios de luces y sombras que producían fantasmagóricos efectos sobre el yacente.

-¿Falta mucho? -preguntó en voz baja.

-No, señor. Sólo unos instantes más.

En efecto, poco después el operador le hacía una seña y el joven se aproximó a la postrada figura. Suavemente pronunció unas palabras.

-¿Me escuchas, Hobbes?

-Sí, escucho -respondió el otro con voz tan inexpresiva como sus facciones. Una feroz alegría invadió a Burgess.

-¿Quién es tu amo?

-Zuhl...

Durante unos segundos no se oyó en la habitación otra cosa que los ligerísimos rumores de la máquina de luces cambiantes y el diminuto magnetofón que recogía todas las palabras que se pronunciaban. Stanley Burgess prosiguió el interrogatorio:

-¿De dónde ha venido... Zuhl?

-De Klahvarn... al otro lado de la Galaxia.

-Y tu, ¿quién eres?

-Un hijo de Zuhl.

-¿No eres terrestre?

-Sí. Pero dentro de mí crece un hijo de Zuhl, que poco a poco dominará mi persona, absorbiendo mi personalidad hasta eliminar por completo al débil terráqueo. Entonces seré todopoderoso.

-¿Cuáles son los poderes de Zuhl?

-Es más inteligente que todos los seres de la Tierra juntos, quienes jamás soñarán en alcanzar la ciencia que posee Zuhl. Su fuerza física es mayor que la de cien elefantes, pero no es nada en comparación con la que irradia de su cerebro, capaz de comunicar con sus hijos a cualquier distancia, paralizar o inducir movimientos a voluntad en cualquiera que se encuentre en su presencia. Puede también leer el pensamiento de los hombres en más de un kilómetro de radio, y una vez establecido el contacto, reanudarlo de nuevo a cualquier distancia. Todo eso podré hacerlo yo el día que llegue a ser plenamente uno de la raza de Zuhl.

En su voz podía percibirse sin esfuerzo el orgullo que le embargaba, la alegría de llegar a ser algún día más poderoso que cualquiera de sus semejantes.

-¿Dónde se esconde Zuhl desde que salió de la Tierra?

-No lo sé. No me comunico con él desde pocas horas después de que nos capturase la policía.

Una maldición se escapó en voz baja del terrestre. Convencido de que nada más podría obtener en limpio, volvió junto al operador de la máquina, dándole instrucciones para que hiciera olvidar a Hobbes todo el interrogatorio, sacándole luego del trance hipnótico. A grandes zancadas abandonó la habitación.

Si no otra cosa, al menos había logrado una confirmación de su hipótesis, ampliando de paso sus conocimientos acerca del enemigo con que se enfrentaba. Pero esto no le permitía encontrar la forma de destruirlo, puesto que ignoraba dónde encontrarle.

Súbitamente se detuvo y, luego de un titubeo de algunos segundos, volvió corriendo al mismo sitio de donde acababa de salir. El ayudante aún estaba dentro acabando de cumplimentar sus instrucciones. Stan esperó varios minutos a que terminase y le amplió las órdenes.

-Desconecte también el campo eléctrico, pero antes dele a Hobbes una nueva dosis de pentotal.

-Pero si desconectamos -arguyó el otro sorprendido- tal vez pueda...

-Eso precisamente es lo que quiero -le interrumpió Burgess con frialdad. Y dando media vuelta salió de nuevo.

* * *

Al día siguiente volvía a repetirse la escena. Esta vez se encontraban presentes el general Eakins, Kloster y Johnny Travert cuando Stanley Burgess reanudó el interrogatorio:

-¿Has establecido contacto con Zuhl?

-Sí -los cuatro hombres tuvieron que hacer un formidable esfuerzo para reprimir los gritos de júbilo que se les venían a la boca.

-¿Dónde se oculta?

Hobbes contestó dócilmente a todas las preguntas.

CAPÍTULO VII

La Base Lunar era un hervidero de gentes. Continuamente estaban llegando aparatos de transporte que, una vez vacíos del pasaje, emprendían el regreso a la Tierra para traer un nuevo cargamento de hombres. El general Eakins daba muestras de una dinámica actividad y no se daba punto de reposo organizando la próxima expedición en que tal vez se jugaba el destino de la especie humana. Stan Burgess aprovechaba ampliamente los días que faltaban para la salida, escurriendo el bulto siempre que le era posible para acompañar a Diana Eakins, que había llegado con su padre. La muchacha debía regresar a la Tierra sola, puesto que el general era quien iba a dirigir las operaciones, y el día antes del regreso, Burgess la llevó a un corto recorrido por la vecina ciudad.

Mientras descansaban en una terraza que pretendía imitar, con bastante éxito, un jardín terrestre, podían ver sobre sus cabezas el cielo tachonado de estrellas en pleno día, más allá de la transparente cúpula que cubría todo el perímetro de la población aislándola del vacío de la superficie lunar. Diana apoyó suavemente una mano sobre las de él que descansaban en la mesita que se interponía entre ambos.

-Es peligroso lo que vais a emprender, Stan -no era una pregunta lo que formulaba, sino la afirmación de un hecho innegable. El muchacho esbozó una sonrisa.

-En efecto, Diana. Sabemos tan poco del enemigo que vamos a enfrentar que casi puede decirse que lo ignoramos todo. En esas circunstancias poco podemos hacer salvo confiar en la suerte.

-¿Y por que no esperáis? Tal vez se encuentre algún medio que pueda proporcionaros ciertas seguridades...

-No es posible, querida. El enemigo se encuentra emboscado en los límites del Sistema y no sabemos apenas nada de los proyectos que pueda abrigar. Aplazar el ataque supondría darle tiempo para prepararse mejor, y que siguiera atacando naves para secuestrar a los tripulantes. La navegación entre los planetas quedaría a merced suya.

-¿Cómo pudiste extraer la información de ese Hobbes? Papá intentó cuántos medios se le ocurrieron, sin ningún éxito.

-Porque equivocó el camino. Hobbes no podía decir nada, ni aun queriendo hacerlo. Hemos descubierto que todos esos hombres llevan alojado

dentro de su cuerpo un parásito que posiblemente sea prolongación de ese Zuhl, pero necesita tiempo para desarrollarse y controlar a los seres humanos. Hasta que llegue ese momento no puede hacerlo si no es valiéndose de medios artificiales: drogas o cosa similar, que debiliten la voluntad y fuerza nerviosa del portador, que así queda convertido en esclavo del extraño ser llamado Zuhl, que se vale como intermediario de esa parte de su organismo que ha introducido en su interior, lo que tal vez sea su peculiar forma de reproducirse.

-¿Cómo es posible que se reproduzcan así?

-No tiene tanto de extraño como crees. En nuestra fauna terrestre tenemos muchos ejemplos de ese proceso llamado de simbiosis, en los que un ser se desarrolla en el organismo de otro a cuya costa se alimenta y crece. Hay la tenia, que habita dentro de los intestinos; la triquina que se aloja en el interior de los músculos; también otros ejemplos podría citarte de seres que, más que vivir a costa de sus portadores, ayudan, como las bacterias intestinales que digieren los alimentos para que puedan aprovecharse por quien los ha ingerido, y sin las cuales no podríamos asimilarlos. En este último caso el proceso simbiótico es recíproco y no puede hablarse de parasitismo, sino de ayuda mutua. ¿Comprendes ahora porqué es posible que un ser viva y se desarrolle en el interior de otro? -y viendo que la muchacha asentía silenciosamente, prosiguió- Pues éstos de que son depositarios Hobbes y los demás llegan aún más allá, puesto que, al parecer, cuando alcanzan el estado adulto, controlan totalmente la voluntad y acciones del portador, que pasa a ser su esclavo; y para mejor servirse de él le dotan de unos poderes propios, haciéndolo superior a los de su propia raza y llegando a extinguir la propia personalidad, convirtiéndole en un simple vehículo sin voluntad ni reflejo alguno.

Diana no podía disimular el horror que le habían producido estas fantásticas revelaciones. Burgess prosiguió, luego de dudar unos instantes, ya que ella le animaba deseosa de saber, pese a la repugnancia que sentía.

-Yo había llegado a sospechar algo de esto y que, habiéndose suprimido a los prisioneros las periódicas tomas de narcóticos, habían quedado fuera del control de quien los dirigía, olvidando todo lo relacionado con ello; por eso hice adaptar una habitación a cuyo alrededor se había instalado una verdadera red de emisoras de ondas de todas las longitudes que

impidieran el paso a las emitidas por el cerebro de quien estuviera en su interior. Zuhl no podría traspasar esta barrera y yo, en cambio, estaría en situación de debilitar a Hobbes, hipnotizándole después. El parásito, poco más que un embrión, era incapaz de actuar por su cuenta y no constituyó obstáculo alguno para mí. De esa forma obtuve toda la información que necesitaba y cuando Hobbes afirmó ignorar el paradero de Zuhl no tuve sino que sacarle del trance hipnótico, aplicarle una nueva dosis de la droga y eliminar la barrera de ondas. Inmediatamente entró en contacto con Zuhl y después me fue fácil repetir la operación para enterarme yo a mi vez.

Durante un rato se mantuvieron ambos en silencio. La muchacha fue la primera en hablar.

-Estoy orgullosa de ti, Stanley. Y papá... papá... me ha dicho... -un fuerte rubor le subió al rostro- me ha dicho que...

-¿Qué es lo que te ha dicho? -preguntó él, intrigado.

-Que si te doy calabazas es capaz de hacerme fusilar por alta traición.

Ambos rieron alegremente y poco después emprendían el regreso a la Base Lunar. Burgess la acompañó hasta su alojamiento.

-Buenas noches, Diana. Hasta mañana.

La hija del general no estaba tan alegre como poco antes. Gruesas lágrimas le resbalaban por el rostro, mientras veía al joven desaparecer por el extremo del pasillo. Era muy duro pensar que tal vez el día siguiente fuera el último que pudiera ver a los dos hombres que amaba más en el mundo: su padre y... Stanley Burgess, aquel cabezota que, a pesar de las muchas veces que ella le había animado a decir algo que él estaba deseando con toda su alma, aún no se decidía...

* * *

-¡Adiós, hija! Cuídate.

Diana Eakins apenas prestó atención a la despedida de su padre, ocupada en mirar fijamente en los ojos a Stanley Burgess, mientras ambos se tenían fuertemente de las manos.

-¡Stan! ¡Procura evitar los peligros y... evitárselos a papá! ¡No le dejes cometer ninguna imprudencia!

-Le cuidaré como si fuera mi padre, Diana. ¡Hasta la vista! -durante unos instantes permanecieron aún sin soltarse, y algo que tal vez viera

reflejado en la profunda mirada de la muchacha le impulsó a aproximársele más aún. Sus bocas se juntaron unos instantes hasta que él pudo darse perfecta cuenta de lo que había hecho. Enrojeciendo vivamente se apartó avergonzado.

-¡Perdona, Diana! ¡Ha sido algo que...! -pero la luminosa sonrisa que transfiguraba el rostro de la joven le hizo interrumpir sus disculpas.

-¡Gracias, Stan! ¡Te hubiera cruzado la cara si no lo haces!

Y dando media vuelta echó a correr hacia la esbelta astronave que esperaba.

Desde uno de los ojos de buey protegidos por gruesas placas de acero transparente pudo ver cómo su padre y Stan permanecían en el mismo sitio. Poco después un hombre se acercó al general, cruzaron breves palabras y segundos más tarde una pequeña procesión se aproximó a la nave de pasajeros: Hobbes y sus compañeros regresaban a la Tierra fuertemente escoltados por diez fornidos policías. El grupo pasó por su lado, yendo a acomodarse en los últimos asientos junto al compartimento de equipajes.

Aún llegaron algunos rezagados, los últimos corriendo desesperadamente porque apenas faltaban escasos minutos para el despegue. Un joven bien parecido se dejó caer al lado de Diana, jadeante por la carrera.

-¡Uff! ¡Creí que no llegaba a tiempo! -murmuró al tiempo que se ataba al asiento con el cinturón de seguridad. Los diestros movimientos de sus cuidadas manos denotaban larga práctica en estos menesteres, y cuando hubo terminado se volvió hacia la muchacha.

-¿Me permite, señorita... -una fugaz chispa de reconocimiento asomó a sus azules ojos- Eakins? Diana se volvió sorprendida.

-¿De qué me conoce? -preguntó, mientras él pasaba hábilmente las correas con casi inconsciente rapidez. O era un profesional o bien llevaba muchos viajes en su haber.

-Soy uno de los más humildes miembros de la *pandilla de Sparks*, como nos llaman los compañeros; capitán Timothy Sheridan. Usted tal vez no me recuerde, pero nos hemos encontrado muchas veces.

-En efecto, capitán -Diana alargó impulsivamente la mano-. Me siento avergonzada de ello, pero es la verdad; su hermana y yo somos muy buenas amigas.

-Sí. Pat me ha hablado mucho de usted... ¡Atención! Vamos a despegar -se interrumpió al aparecer una luz roja sobre la portezuela que

conducía al departamento de los pilotos-. Relaje el cuerpo y sentirá menos la presión.

En el exterior había desaparecido toda la gente, quedando solamente unos cuantos hombres enfundados en los grotescos trajes de vacío, mientras las potentes bombas extraían el aire del enorme recinto. Un panel de la transparente bóveda se descorrió hacia un lado, dejando libre la abertura por donde saldría el *Moonlight*, que poco después comenzaba a despedir grandes llamaradas por la popa. Sin que el más leve rumor delatara en aquel vacío el fragoroso volcán que se extendía varios metros alrededor de la nave, ésta comenzó a elevarse, primero lentamente, luego con más velocidad; y cuando pasó a través del hueco de la bóveda, aceleró, perdiéndose de vista en pocos segundos.

-¡Bien! -sonrió Sheridan extrayendo una plateada pitillera. Ofreció un cigarrillo a Diana y mientras él tomaba otro, prosiguió- Ya estamos en camino. Dentro de pocas horas en casita.

-¿Va usted de permiso? -preguntó Diana con curiosidad. Le extrañaba que el capitán saliese hacia la Tierra cuando en la Luna se estaba preparando la expedición contra Zuhl.

-¡Oh, no! Estoy a cargo de esos de ahí detrás -señaló hacia el grupo de presos y sus guardianes.

Repentinamente se abrió la puerta del compartimiento de mando y un oficial de rostro sombrío pasó velozmente hacia el pañol de equipajes. Tim Sheridan le asió de una manga al pasar.

-¿Qué ocurre, Bert? ¿Dónde vas tan de prisa?

El otro se detuvo unos segundos solamente. Los suficientes para decir sin apenas mirarle:

-¡Hola, Tim! ¡Perdona, pero tengo prisa, chico! Luego te lo diré.

A los pocos instantes estaba de regreso portando una pequeña caja metálica. Se introdujo unos momentos en la cabina y desde la misma puerta, sin salir, hizo una seña a Sheridan.

-Ven, Tim, por favor. Quizás puedas ayudar.

El capitán se apresuró a desatarse, poniéndose en pie.

-Perdone, señorita Eakins. Ahora vuelvo.

El piloto estaba sentado ante el tablero de control pulsando frenéticamente todos los controles a su alcance, al parecer sin ningún

resultado positivo, mientras Bert Cassidy y el telegrafista pugnaban por conectar la pequeña batería al transmisor de radio.

-¡Aquí estoy, muchachos! ¿Qué puedo hacer por vosotros? -los tres hombres le dirigieron sendas miradas sin abandonar el trabajo.

-¡Nos hemos quedado sin mandos! -dijo el piloto al tiempo que le cedía el asiento-. ¿Quieres probar tú?

Sin pronunciar palabra Sheridan comenzó a tantear con tan poco resultado como el otro:

-Parece que no hubiera corriente eléctrica. Los cables no pueden haberse soltado al mismo tiempo todos.

-Eso mismo creo yo. Pero las luces funcionan. La radio también está muerta. ¿Cómo se explica que haya energía solamente para las luces? La línea es la misma, pues sólo hay una dinamo en marcha.

Afanosamente investigaron los cuatro hombres sin que consiguieran localizar la avería. Al parecer, todo funcionaba correctamente, pero la nave no obedecía en lo más mínimo.

-¡Hey! -gritó repentinamente Cassidy, mirando boquiabierto hacia adelante-. ¿Dónde está la Tierra?

Todos se abalanzaron tumultuosamente hacia los grandes ventanales de observación comprobando con estupefacción que su planeta de destino había desaparecido completamente de su línea visual como si jamás hubiera existido.

-Tal vez hayamos dado la vuelta y la tengamos a un lado -pero mientras pronunciaba estas palabras, Sheridan se daba cuenta de su puerilidad. La proa estaba apuntando en la dirección correcta, según podía verse por las constelaciones que tenían al frente. La Tierra se había esfumado.

El telegrafista se había asomado a uno de los laterales y lanzó un estridente silbido.

-¡Pues es verdad! La Tierra está aquí, pero... ¡nos estamos alejando a una velocidad increíble!

Efectivamente, el planeta se veía de un tamaño mucho menor que el que aparentemente tenía la Luna vista desde ella, cuando en realidad debía parecer varias veces mayor. Los hombres se miraron entre sí durante un buen rato sin atreverse a pronunciar palabra, mientras el terror comenzaba a reflejarse en alguno de los rostros. ¡El *Moonlight* era incapaz de acelerar de

aquella manera!

-Nos han cogido, muchachos -dijo tranquilamente Sheridan mientras encendía un cigarrillo-. Vamos a seguir la misma suerte del *Beagle*.

* * *

En la Base Lunar se cruzaron sorprendidas miradas y frases de asombro entre los operadores de la torre de control cuando comprobaron que el *Moonlight*, apenas elevado unos centenares de kilómetros, comenzaba a desviarse rápidamente de su ruta adentrándose en las profundidades del espacio. Frenéticamente trataron de establecer contacto radial sin ningún éxito. En pocos minutos la nave se hallaba a más de medio millón de kilómetros de ellos, distancia que a la máxima potencia de sus motores no hubiera podido alcanzar en menos de diez o doce horas. Finalmente acabó desapareciendo del radio de acción del radar de la Base.

Una breve llamada telefónica sorprendió al general Eakins cuando apenas acababa de regresar de la cúpula de despegue, haciéndole palidecer intensamente. Durante unos momentos se quedó indeciso, mirando sin ver el aparato receptor por donde le llegara la noticia; pero reponiéndose rápidamente comenzó a distribuir órdenes con breves frases como latigazos. La expedición, que debía ponerse en marcha al día siguiente, lo haría en el acto.

-Pero eso es imposible, general... -apuntó tímidamente una voz-. Todavía no están preparadas las naves...

-¡Saldrán las que ya lo están! -tronó *Sparks*- Y las demás lo irán haciendo conforme se aprovisionen.

No hubo forma de discutir sus órdenes. Media hora después Stanley Burgess se encontraba a bordo del crucero *Algol* al mismo mando del propio general Eakins. La nave era una de las más modernas de la Armada y de vez en cuando tenía que decelerar para mantenerse a la altura de las otras que formaban la escuadrilla, con gran desesperación de *Sparks* y del propio Burgess, designado a última hora ayudante de aquél. Seguían la misma trayectoria del *Moonlight,* escrutando el espacio por delante de ellos hasta una profundidad de varios millones de kilómetros con los focos localizadores, pero ni un simple chispazo aparecía en los deslustrados cristales del radar que pudiese corresponder al desaparecido transporte de pasajeros.

-¡Ya no aguanto más! -gritó imprevistamente el general, que se había

estado paseando como fiera enjaulada por el estrecho recinto aislado de las fuerzas gravitatorias donde se concentraba la tripulación.

-¿Que no aguanta más, señor? -preguntó solicito Burgess, aunque de sobra sabía lo que había significado el otro. El mismo se encontraba en igual estado de ánimo.

-¡Esas condenadas tortugas que nos siguen! -verdaderos rugidos escapaban de la garganta de Eakins- ¡Así no vamos a llegar nunca! ¡Telegrafista!

-¿Señor? -respondió el aludido.

-Comunique con el coronel Tarkov. Dígale que queda al mando de la escuadrilla mientras nosotros nos adelantamos...

-¡Pero, general...! -trató de interponer un oficial- Nosotros solos no vamos a poder...

-¡Silencio! -tronó-. ¡El comandante de esta expedición soy yo! ¡Guárdese las sugerencias para cuando se las pidan! ¡Piloto! ¡Acelere este maldito cascarón como si nos persiguieran cien legiones de diablos!

El «maldito cascarón» comenzó a dejar atrás a sus compañeros de tal modo que éstos parecieron pararse de repente. La tremenda demanda de energía de los motores para este supremo esfuerzo, debilitó el aislamiento gravitatorio de tal modo que todos tuvieron necesidad de acomodarse en los sillones especiales.

Varias horas transcurrieron sin que novedad alguna viniera a turbar la aparente calma que encubría el fragoroso volcán rugiendo dentro del pecho de Eakins. ¿Qué sería de su hija? ¿Podría librarla de las garras de aquel siniestro Zuhl que empleaba a los seres humanos como vehículo para la propagación de su maldita especie? ¿Acabaría ella misma siendo portadora de uno de aquellos diabólicos embriones, luchando contra su propia raza hasta someterla a un yugo peor que la esclavitud?

No menos frenético estaba el propio Stanley Burgess, pero mal de su grado se veía obligado a reprimir sus emociones siendo el más joven de todos los oficiales de a bordo.

-¡General! -gritó excitado el vigía-. ¡Creo que lo hemos localizado!

-¿Có...mo...? -olvidando por un momento la terrible presión a que estaban sometidos, Eakins trató inútilmente de abandonar su asiento. En vista de la imposibilidad de hacerlo optó por hablar desde donde estaba. ¿A qué

distancia está? ¿Se aleja o le estamos dando alcance?

-Yo creo que estaremos a su altura dentro de pocos minutos -repuso el hombre-. Parece como si estuviera detenido.

El presentimiento que esto provocó en Stan Burgess se vio confirmado poco después. El *Moonlight* estaba absolutamente desierto y lo habían abandonado en la ruta de los perseguidores como retándoles a que acudieran al rescate. Eakins recogió el guante en el acto.

-¡Adelante! ¡Si es preciso aceleraremos hasta más allá de la velocidad de la luz! -esto era imposible aún para una nave de las excepcionales características del *Algol*, ya que mucho antes habría agotado la provisión de combustible; pero el general no estaba de humor para detenerse en semejantes minucias pese a que conocía a la perfección las limitaciones del crucero.

El piloto obedeció hasta donde le era humanamente posible, y reanudaron la desatentada carrera, pero sólo durante poco más de media hora. Repentinamente observó que la nave no obedecía a los mandos, pareciendo desviarse, a pesar de sus esfuerzos por mantener el rumbo. La escena desarrollada a continuación tuvo mucha semejanza con las que precedieron a la captura del *Beagle* y el *Moonlight*. Una fuerza irresistible les llevaba a velocidad creciente en determinada dirección pese a los frenéticos esfuerzos del piloto. El contacto radial con el resto de la escuadrilla habíase roto y los que a bordo del *Algol* se veían arrastrados contra su voluntad, no tenían medio alguno para saber si las demás astronaves estaban siendo capturadas en igual forma. Eakins comenzó a ladrar órdenes con la velocidad de una ametralladora.

-¡Piloto! ¡Continúe tratando de controlar la nave! ¡Telegrafista! ¡Si no conseguimos contacto inmediatamente con quien sea, puede ir solicitando la baja en el servicio! ¡Todas las armas preparadas en tiro automático! ¡Ese maldito Zuhl va a saber a su costa lo que cuesta de mascar un crucero de la Armada!

Todos los hombres se dedicaron a una frenética actividad que, por los resultados obtenidos, no parecía lograr resultado positivo alguno. La titánica fuerza desarrollada por los reactores atómicos no parecía ejercer sensible oposición a aquello que cada vez les hundía más en las insondables profundidades del espacio, alejándolos del centro del sistema solar. La radio seguía muda. Y pese a que todo el armamento, según los indicadores, estaba

listo tanto para la actividad ofensiva como defensiva, nadie tenía la más mínima confianza en que, llegado el momento, cumpliese con su misión. El *Algol* estaba absolutamente indefenso.

Horas y más horas transcurrieron sin que la situación se alterase lo más mínimo. O bien la misteriosa fuerza que los atraía era capaz de alcanzar a fantásticas distancias, o la nave de donde emanaba (y no les cabía duda alguna de que se trataba de una nave) corría delante de ellos, limitándose a arrastrarlos tras ella. Ya habían sobrepasado la órbita de Saturno siguiendo el plano de la eclíptica, si bien el planeta se hallaba en el lado opuesto del sistema, cuando la pantalla del detector acusó un lejanísimo contacto en la dirección de su marcha. Inmediatamente se precipitaron hacia allí los que podían abandonar sus otras ocupaciones para observar cómo el pequeño punto de luz iba aumentando de tamaño hasta convertirse en la gigantesca esfera que antes que ellos tuvieran ocasión de visitar los tripulantes del *Beagle*.

El general Eakins se irguió con ánimo de repetir la orden de zafarrancho de combate, pero... *¿Para qué?* pensó desalentado. No había defensa posible. Mejor era dejar que las cosas siguieran su curso y tal vez Zuhl, que posiblemente no abrigara las negras intenciones que le había atribuido Stan Burgess, se aviniese a dejar en libertad a sus cautivos. Sí. Decididamente no daría la orden.

Y con la misma tranquilidad que si se dispusiera a fumar su último pitillo antes de irse a la cama, tomó asiento en uno de los sillones de la cabina.

Los demás parecían haber olvidado la excitación que hasta pocos momentos antes los había mantenido con los nervios tirantes como cuerdas de guitarra. Los artilleros se reclinaron perezosamente hacia atrás, dirigiendo ensoñadoras miradas a los tableros de instrumentos. El piloto neutralizó todos los mandos de la nave mientras una sonrisa de felicidad iluminaba sus poco antes rígidas facciones; y el propio Stanley Burgess se permitió relajar la tensión de su cuerpo hasta el extremo de quedarse en pie con las manos cruzadas a la espalda, contemplando con interés la escena que se desarrollaba en el exterior, como si no le afectase en modo alguno.

Así pudo ver cómo la esfera, que para él ya no tenía ningún significado siniestro, crecía poco a poco hasta casi ocultar por aquella parte el firmamento. Posiblemente, calculó, mediría no menos de los dos kilómetros que le calculara Kloster en la fugaz visión que tuvieron de ella durante la

búsqueda del *Beagle*. Con la misma pasividad mental observó cómo la colosal compuerta se abría lentamente y que por unos instantes se mantenían las distancias entre las dos astronaves. No tenía forma de saber que las ligaduras que habían atado al crucero se interrumpían a tan corta distancia para ser sustituidas por otras de menor potencia, que serían las que lo arrastraran al interior de la siniestra boca que se disponía a tragar al *Algol*. Y con la misma indiferencia sintió bajo sus pies una ligera sacudida al tiempo que una velocísima flecha de luz partía en dirección a la nave pirata, introduciéndose como una exhalación en la oscuridad de la compuerta, que en el acto dejó de parecer negra para convertirse en fuente de una intolerable luz de color blanco azulado a la vez que la gigantesca esfera era violentamente sacudida como por un tremendo huracán.

CAPÍTULO VIII

Durante una fracción de segundo, el general Eakins permaneció en la misma posición que adoptara unos minutos antes, preguntándose, sorprendido, la razón de su repentino cambio de pensamiento. Stan Burgess se retorcía en el suelo dando gemidos al tiempo que con los brazos se tapaba los doloridos ojos. Los demás hombres parecían haber acabado de despertar de un sueño, y se miraban asombrados sin llegar a acomodar sus ideas a la realidad. Más por instintivo afán de escapar al peligro que intuía encerrado en el colosal globo que tenían junto a sí que por tener verdadera conciencia de lo que hacía, el piloto aceleró hasta el máximo, alejándose el *Algol* de aquellas vecindades.

Solamente cuando ya llevaban un buen rato de desenfrenada fuga y habían perdido de vista a la nave que estuviera a punto de capturarles, comenzaron los hombres a razonar y moverse con cierta coherencia.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Eakins sin dirigirse a nadie en particular. Nadie contestó. El piloto trataba de orientarse mientras el vigía y el telegrafista atendían lo mejor posible a Stanley Burgess, que había quedado temporalmente ciego por el resplandor de la explosión que les dejara libres. A una orden del general acudió presurosamente el médico de a bordo, seguido ansiosamente por Tadd Kloster y Johnny Travert que se hallaban prestando servicio en el cuarto de máquinas.

-No es nada grave -comentó el doctor para tranquilidad de los amigos, luego de un cuidadoso examen. Seguidamente le hincó una hipodérmica en el brazo-. Con esto se le calmarán bastante los dolores, y dentro de unas horas comenzará a recuperar gradualmente la visión, aunque tal vez tarde varios días en normalizarse.

Dicho lo cual regresó por donde había llegado. Kloster repitió, sin saberlo, la pregunta que poco antes formulara el general.

-¿Qué ha pasado, señor? -Eakins se encogió ligeramente de hombros, pero pensó que alguien tenía que iniciar las especulaciones en este sentido, decidiéndose a lanzar una hipótesis.

-Desde luego que, con certeza, no creo que podamos saberlo; pero yo creo que lo que tiraba de nosotros debió salirse de control, dejándonos libres.

-Yo -observó Travert- sentí durante un buen rato como si nos encaminásemos al encuentro de un amigo. No sé por qué se me metieron esas

ideas en la cabeza, porque por lo poco que conocemos de ese Zuhl...

-Eso mismo me ocurrió a mí! -le cortó Kloster-. Y pienso si no sería una especie de hipnosis a distancia... Pero, ¿por qué se interrumpió de repente?

-Andáis todos algo acertados -intervino una nueva voz. Burgess, pese a su momentánea ceguera, comenzaba a sentirse mejor- pero yo creo saber más porque estaba mirando hacia allí cuando ocurrió el accidente. No fue una avería en la nave de Zuhl, sino uno de nuestros torpedos que le dio de lleno. Su explosión es lo que me cegó.

-Debes estar equivocado -le contradijo el general luego de reflexionar unos momentos-. Nadie de nosotros estaba, al parecer, en condiciones de agredir a Zuhl, puesto que nos había imbuido la convicción de que no debíamos hacerlo.

-Cierto -sonrió Burgess-. Aún recuerdo la pasividad con que yo contemplaba los preparativos de nuestra captura; pero también estoy completamente seguro de haber visto cómo el torpedo salía por el costado del *Algol* luego de la breve sacudida del disparo, y vi perfectamente cómo se introducía por la compuerta que estaba destinada a recibirnos. Pocos segundos después de la explosión cesó el dominio mental sobre nosotros. En cuanto a que nadie pudo haber realizado el disparo, permítame que lo dude, general; a bordo había alguien que no fue influido como para impedirle realizar su misión.

-¿Quién? -preguntó intrigado Eakins. Urgía averiguar por qué no todos los tripulantes cayeron bajo el dominio de Zuhl. La respuesta le desalentó.

-Los robots auxiliares. Son máquinas y no seres humanos. A ellos no se les puede ir con órdenes mentales sino mecánicas. Debe usted recordar, señor, que apenas nos vimos arrastrados dio órdenes de accionar los mecanismos automáticos de tiro.

-Sigues sin convencerme, muchacho. Los robots hubieran disparado mucho antes, apenas nos encontramos a su alcance. Jamás habrían esperado hasta tener tan cerca el blanco.

-¿Cómo apuntan para saber dónde está el blanco? -preguntó a su vez Burgess.

-Por medio de ondas de radar...

-Y las ondas de radar son las mismas que las de la radio. Recuerde que perdimos el contacto con nuestros compañeros desde el momento en que comenzamos a ser arrastrados; de donde se deduce que lo que fuese que tiraba de nosotros absorbía las ondas radiales y, por tanto, dejaba inútiles los mecanismos de puntería. Los detectores nuestros no se vieron afectados porque combinan dos principios: el visual y el de radar. Seguramente, en cuanto nos encontramos a la altura de la nave pirata se interrumpió por un momento aquella fuerza y los autómatas cumplieron con su misión librándonos así de caer prisioneros.

El general abandonó la lucha ante las tajantes respuestas del joven. Su poderosa imaginación allanaba todos los obstáculos, ofreciendo fáciles explicaciones para cualquier misterio.

-Me has convencido, Stan. Pero, puesto que te has propuesto sobrepasarme, y lo estás consiguiendo, échame una mano. ¿Qué crees que podemos hacer?

-Depende del punto de vista. Mi propio impulso... y creo que también el de usted, sería dar media vuelta y presentar batalla al averiado enemigo. Pero contra este anhelo de nuestro corazón se interpone el razonamiento puro. Si no hemos tenido la suerte de matar, o al menos malherir, a Zuhl, nos capturará tan pronto estemos al alcance de su formidable poder mental. Se impone, pues, la estrategia. ¿Por qué no llamamos al resto de la escuadrilla?

Eakins se volvió al telegrafista, bastante avergonzado de que no se le hubiese ocurrido antes tan elemental medida. El hombre se aplicó a su tarea en el acto, llamando a las restantes naves que salieran con ellos de la Luna.

Transcurrió un buen rato. El telegrafista se apartó de sus aparatos ligeramente perplejo.

-No lo comprendo, señor. Nadie contesta, ni siquiera la Base Luna.

-Insista. -Burgess mismo dio esta orden-. No espero recibir respuesta antes de inedia hora. Hemos de tener en cuenta la gran distancia que ha de recorrer nuestra llamada para llegar hasta ellos y luego la respuesta ha de venir por el mismo camino. Entretanto -prosiguió- podemos esbozar el plan de ataque. Tenemos varios días de espera antes de poder reunirnos con ellos.

-Es cierto -reconoció Eakins-. Ninguna de nuestras naves puede venir a la velocidad que lo hicimos nosotros.

-¡Ya contestan, general! -gritó alborozado el telegrafista unos minutos

más tarde-. ¿Qué he de decirles?

-¡Déjeme a mí! Yo mismo hablaré con el coronel Tarkov -y, cuando su subordinado estuvo a la escucha, comenzó a disparar sus órdenes con la rapidez de una ametralladora.

-Manténganse dentro de la órbita de Júpiter, como máximo. Bajo ningún pretexto quiero que la sobrepasen en un milímetro; ya hemos perdido bastantes naves y creo que nosotros solos podemos dar la batalla a Zuhl. Estamos bien preparados.

Mientras esperaba la respuesta a sus órdenes, se volvió encontrándose con los rostros de sus compañeros, transfigurados por el pasmo.

-¿Qué ocurre?

-¡Pero, general! ¡Esto que ha dicho usted no es lo convenido! -saltó Burgess indignado.

-¿Cómo que no? Le he dicho a Tarkov que vengan a la máxima velocidad posible...

-Usted no ha dicho nada de eso, general -el tono de Stan era ominoso-. ¿Por qué ha dado unas órdenes que nos quitan toda posibilidad de lograr nuestro objeto?

-Yo no... -comenzó a rebatir Eakins. Indignado se abalanzó hacia el piloto-. ¿Qué hace usted, Sharley? ¿Quién le ha ordenado cambiar el rumbo?

-Nadie, señor -repuso el aludido con extrañeza-. Yo no he hecho nada...

-¡Esta sí que es buena! ¡Si le he visto yo mismo!

Una estruendosa carcajada del inválido Burgess hizo que todos se volvieran a mirarle. Su rostro no expresaba la menor alegría.

-¡Más vale que se acomode cada uno de ustedes en su sitio, señores! ¡Nos han cogido otra vez! El bueno de Zuhl nos ha largado sus antenas y nos obliga a actuar como le conviene.

Apesadumbrados, reconocieron todos que el ciego estaba en lo cierto. Con impotente furia abandonaron la lucha y cada cual se dedicó únicamente a cumplir las órdenes según las iban recibiendo.

* * *

-Lo que no comprendo -decía Eakins varias horas después- es el cambio de táctica de Zuhl. Si no recuerdo mal, antes nos privó por completo de iniciativa; en cambio ahora nos deja en completa libertad de actuar y

expresarnos... mientras no tratemos de escapar.

-Tal vez -se atrevió a sugerir Travert- piense de esa forma evitar un accidente como el que nos permitió escapar la vez anterior.

Nadie hizo comentario alguno a esta teoría, que, por lo que sabían, era tan buena como cualquier otra. El tiempo transcurría con lentitud, monótonamente; de las horas pasaron a los días y las semanas. Comenzaban a tener la impresión de que Zuhl pretendía arrastrarles fuera del Sistema Solar, y por más que se esforzaron les fue imposible localizar a la nave pirata.

-Estamos acercándonos a Plutón, señor -apuntó el astrogador en cierta ocasión-. Pero no es creíble que pretendan hacernos descender allí, ya que para ello deberíamos comenzar ya la deceleración, so pena de estrellarnos por exceso de velocidad.

Y en efecto así ocurrió. Pasaron de largo sobre el frígido planeta apenas conocido por el hombre, ya que su lejanía habría hecho necesario un viaje de varios años para ser explorado detenidamente. El *Algol*, en cambio, había cubierto la formidable distancia en apenas unas semanas a causa del tirón que le diera la nave de Zuhl, que en algunos momentos le hizo alcanzar velocidades de más de cien mil kilómetros por segundo. Ahora, en cambio, marchando por sus propios medios y acelerando continuamente, apenas podía rebasar los veinte mil, jamás igualados hasta la fecha por astronave terrestre alguna.

Rápidamente iba quedando atrás el último planeta conocido del Sistema Solar. El astro rey, visto sin aparato alguno, era poco más que una estrella cualquiera... y seguían alejándose sin que su captor les permitiese desviación o retraso de ninguna clase.

-¿Será capaz de pretender llevarnos a otro Sistema? -se extrañó Stan Burgess, ya por completo recuperado de su temporal ceguera-. Pues ya podemos prepararnos a envejecer. A este paso nos costará cosa de setenta años alcanzar la estrella más cercana... si es que nos encaminamos hacia allí.

El piloto se volvió en su asiento, enfrentando a los otros. Una extraña luz brillaba en sus ojos.

-Dudo que vayamos a ningún sitio -observó-. Estamos casi parados.

-¿Está usted seguro? -interrogó Eakins con rapidez.

-Completamente, general. Plutón hace rato que apenas disminuye de

tamaño y...

- ¡Mirad! -gritó el serviola interrumpiéndole-. ¡Se acercan tres naves!

Todos se precipitaron a comprobar sus palabras. Efectivamente, tres pequeñas lucecitas bailaban en la pantalla del detector, acortando por segundos la distancia que los separaba del *Algol*. Su velocidad debía ser terrible, ya que en pocos minutos estuvieron rodeando a la nave terrestre, deteniéndose en seco. Los hombres las contemplaban boquiabiertos a través de las portas.

-¡No son esféricas como la de Zuhl! -exclamó Kloster, señalando a la más próxima.

Esto era cierto, pero nadie hizo comentario alguno, porque como un solo hombre se aproximaron a unos armarios empotrados en las paredes y, sin cambiar una sola palabra, comenzaron a endosarse los pesados trajes de vacío, ayudándose mutuamente. Antes de que terminaran ya comenzaban a reunirse con ellos los hombres procedentes de otras partes de la nave, hasta que la pequeña cabina apenas podía contenerlos a todos. Luego comenzaron a salir de uno en uno por la esclusa de emergencia, dirigiéndose sin vacilación alguna, impulsados por los cohetes individuales, hacia uno de los esbeltos aparatos que parecían aguardarles, sin que ni por un solo instante les emocionara el pensamiento de que quizá dentro de poco se enfrentarían por primera vez a los representantes de una raza inteligente procedente de algún punto remoto de la galaxia.

CAPÍTULO IX

Tan pronto estuvieron reunidos los veinticinco hombres que componían la tripulación del crucero, dentro de una amplia habitación, cesó el influjo mental que los había forzado a abandonar el *Algol*. Ligeramente asombrados, se miraron unos a otros. No podían acostumbrarse a actuar como marionetas, a pesar de las muchas veces que ya lo habían hecho.

-¿Qué vendrá ahora? -se preguntaban cada cual a sí mismo. La respuesta llegó inmediatamente.

-¡Terrestres! No tenéis nada que temer de nosotros. Venimos en son de paz.

¡Aquella voz! Había en ella algo extraño. No parecía articulada por garganta humana y, sin embargo, habíase expresado con una claridad que no permitía dudar ni por un instante sobre el significado de cada sílaba. Pero no tuvieron tiempo siquiera de recapacitar sobre lo escuchado. La voz prosiguió explicando:

-Teméis haber ido a caer en manos de Zuhl. ¡Tranquilizaos! Nosotros venimos de muy lejos en su seguimiento y lo único que pretendemos de vosotros es colaboración para capturarle, devolviéndole a la prisión de donde huyó hace algún tiempo. ¿Queréis ayudarnos? -antes de que nadie pensara en expresar su opinión la misteriosa voz continuó-. No es necesario que habléis. Somos telépatas y captamos vuestros pensamientos más rápidamente que lo haríamos con las palabras. De igual forma nos dirigimos a vosotros, y por ello no constituye obstáculo alguno el idioma en nuestra conversación. El lenguaje del pensamiento es universal. Vemos que estáis de nuestro lado, pero que os detiene el temor a una celada. ¿Por qué? ¿Acaso no está claro lo que queremos de vosotros? Cambiad impresiones durante algún tiempo, si queréis hacerlo.

La voz que percibieran directamente en el cerebro, sin pasar por los oídos, cesó tan bruscamente como empezara. Indecisos, permanecieron los terrestres sin pronunciar palabra, y seguramente que si los extraños estaban captando sus pensamientos, se verían en un aprieto para resolver en algo inteligible el tumulto de ideas que en pocos instantes se agolparon en el recinto. Finalmente Eakins, como jefe de la expedición, tomó la iniciativa.

-Estamos en una situación extraña, no prevista en ninguna ordenanza, y por ello me considero en la obligación. de consultar a todos. Cualquier

decisión que tomemos ha de ser por mayoría, previa deliberación. Se trata de algo en que, dado nuestro total desconocimiento de las circunstancias, la opinión de uno, quienquiera que sea, vale tanto como la de los demás.

-No estoy totalmente de acuerdo con usted, señor -interpuso Burgess respetuosamente-. Al menos yo pienso que debemos acceder a lo que se nos pide, y cuanto antes mejor. Tengo la seguridad absoluta de que cuanto se nos ha dicho es cierto.

-¿Por qué lo crees? -el general se maravillaba de que, un muchacho tan inteligente como había demostrado ser el que ya consideraba casi como su hijo político, se tragara de buenas a primeras algo de cuya veracidad no tenían la menor prueba.

-No se lo puedo decir, general -repuso sonriendo-. Pero si en algo estiman todos ustedes mi opinión, yo aconsejaría una aceptación inmediata, sin reserva alguna mental. Estamos aquí como invitados y no como prisioneros, y debemos aliarnos con nuestros huéspedes para destruir la amenaza que representa Zuhl en nuestros dominios. Solamente puedo explicarles uno de mis motivos: nosotros solos es muy dudoso que pudiéramos derrotar a Zuhl. Con la ayuda de estos seres, en cambio, las probabilidades se elevan en un porcentaje considerable.

El general calibró durante unos momentos estas palabras. A pesar de que Burgess aconsejaba abandonar toda reserva, él creía entrever alguna en su comportamiento. ¡Aquella evasiva en explicar el por qué de su decisión! Pero tenía confianza ilimitada en el muchacho y sus motivos debería tener para actuar en esta forma y callarse lo que creyera conveniente. Otro argumento, no esgrimido por Stan, acabó de decidirle: sus captores habían demostrado que podían obligarles a hacer cualquier cosa. Por tanto, nada se perdía con seguir el consejo.

-De acuerdo -dirigiéndose a los demás amplió el ya claro significado de esta frase-. Estoy convencido de la clarividencia de Stanley Burgess y de que tiene razones de peso para recomendarnos esta línea de conducta. Por tanto, no sólo acepto su propuesta, sino que le designo como nuestro portavoz en las relaciones con estos... señores -vaciló un poco en esta palabra, pero no encontró otra que aplicar a unos seres de cuyo aspecto físico no tenía ni la más vaga idea-. Todos los acuerdos y decisiones que tome con ellos serán acatados por los demás. ¿Hay alguien que no esté conforme?

Por lo visto los demás habían llegado a la misma conclusión que el general, porque ni una sola voz se elevó en protesta. Sus huéspedes, como los había llamado Burgess, dieron instantáneamente pruebas de que habían *escuchado* su conciliábulo.

-Vemos que habéis adoptado rápidamente una decisión, y como comprendemos las molestias que os ocasiona el escrutinio de vuestros pensamientos, nos abstendremos en adelante de inmiscuirnos en ellos. La comunicación con vosotros se hará, mientras no sea necesaria otra cosa, a través del que habéis designado portavoz.

Seguidamente se entabló una animada y silenciosa conversación entre Burgess y los extraños seres, de la que los demás no supieron nada salvo por algunas observaciones que aquél hacía de vez en cuando para tenerles al corriente. Le explicaron que Zuhl era prófugo de un planeta-prisión donde había sido confinado para someterle a un tratamiento psíquico que le curase de su tendencia a escalar el poder valiéndose de métodos tortuosos. Su última hazaña, que le valió la sentencia de reajuste mental, había consistido en infectar a los gobernantes de un planeta amigo, aunque de distinta raza, haciendo que sus larvas se desarrollasen dentro de los cuerpos de personas clave, que de este modo se convertían en esclavos suyos, lo cual dejaba en sus manos los inmensos recursos de toda especie, de aquel mundo. Afortunadamente se había logrado atajar el mal y las víctimas fueron relativamente pocas a causa del insignificante desarrollo de las larvas.

-Pero vosotros mismos lo hacéis -observó Stanley Burgess-. Tengo entendido que vuestro metabolismo necesita imprescindiblemente, como medio de reproducirse, de la colaboración de otro ser en cuyo interior desarrollaros hasta alcanzar la madurez, con lo cual queda absorbido el portador en vuestra propia personalidad

-Es cierto -fue la respuesta-. Pero existe una notable diferencia: nosotros colaboramos simbióticamente con otros seres que se prestan voluntariamente a ello y que, por las especiales características que poseen, producto de la evolución de muchos milenios, no son absorbidos, sino sencillamente unimos las características de ambas especies para formar seres más perfectos de lo que lo seríamos individualmente unos u otros. Además, está terminantemente prohibido recurrir a esta colaboración sin el previo consentimiento de la otra parte, que siempre se presta gustosamente a ello,

percatada de las ventajas que le supone.

-¿Y cómo es posible que dos seres vivan en un solo cuerpo y conserven sus personalidades bien diferenciadas?

-No lo comprenderías con una corta explicación. Solamente podemos decirte que cada uno conserva lo suficiente de su individualidad como para prevenir que el otro haga mal uso de los poderes conjuntos. Zuhl es un extraño caso en que, quizá por algún defecto o tara de su colaborador, se ha erigido en única personalidad del grupo simbiótico de que forma parte, y debe por tanto ser destruida en él esta tendencia al mal.

-¿Me está permitido -dijo Burgess cambiando de conversación- contemplar vuestra apariencia física?

-No hay inconveniente alguno, si no temes horrorizarte de lo que para ti no será sino un repugnante monstruo. Hemos de advertirte que, para nuestro concepto de la belleza física, tú eres algo abominable.

Stan se sintió ligeramente ofendido ante esto, aunque no dejaba de comprender que era algo perfectamente natural. Todos los seres creados tienden a conceptuarse como la quintaesencia de la estética y sólo una larga familiaridad les permite tolerar las demás formas existentes a su alrededor. Siguiendo las indicaciones de los telépatas se aproximó a una de las paredes de la habitación donde se encontraba con sus compañeros, pasando a través de ella cual si no existiera, ante el asombro de los demás, quienes se precipitaron tras él... para tropezar con un sólido muro que les cerraba el camino. Desalentados, desistieron de acompañarle, confiando en que no se hubiera equivocado al apreciar las intenciones de los propietarios de la astronave.

Al otro lado del mamparo, Burgess se encontró en una estancia algo más pequeña que la que acababa de abandonar. Ante él, al otro lado de un tabique transparente, cuatro figuras se erguían con la mirada fija en el recién llegado, contemplándole con tanta curiosidad como pudiera sentir el propio Stan Burgess.

*   *   *

Fue para él una sorpresa agradable la apariencia de los seres que tenía ante sí; su estatura media era más bien algo inferior a la de cualquier terrestre no demasiado alto, y el aspecto general, humanoide. A distancia apenas se hubiera podido notar diferencia alguna con cualquier miembro de la raza dominante en el Sistema Solar, pero desde cerca le era dado observar el

abismo existente: daban la impresión de carecer de esqueleto; tanto las dos delgadas piernas como los brazos, apenas más gruesos que los de un recién nacido, se flexionaban en todos los sentidos; el torso era corto y grueso, pero la cabeza en cambio parecía desproporcionadamente pequeña, haciéndose más conspicuo este detalle por el desmesurado tamaño de los dos ojos saltones de un color rojo vivísimo que los asemejaba a monstruosas esmeraldas de cegador brillo. Carecían absolutamente de vellosidades e iban completamente desnudos, al parecer.

-Sorprendido, ¿verdad? -sonó en el cerebro de Stan la respuesta a su pensamiento-. Hemos adoptado la forma más aproximada posible a la vuestra, sin ser igual, aunque, de desearlo, podríamos hacerlo.

-¿Acaso no tenéis forma propia?

-Sí. No somos seres amorfos, pero, careciendo de esqueleto, podemos adaptar nuestros cuerpos a las necesidades del momento. Mira.

Y uno de aquellos seres extendió uno de los delgados brazos. Donde antes no había rastro alguno de miembros prensiles fue creciendo una mano que, en pocos segundos, llegó a ser un calco perfecto de la propia de Burgess. A continuación desapareció una de las piernas y, en su lugar, crecieron otras cuatro en distintos tamaños, exactamente iguales a las humanas. Stan reanudó la entrevista con un profundo suspiro de admiración.

-Creo saber lo suficiente de vosotros. Estoy convencido de vuestras buenas intenciones para con los míos. Por tanto, ¿qué clase de ayuda necesitáis de nosotros?

-Zuhl ignora nuestra presencia aquí. Ya una vez logró huir de la persecución de tres de nuestras naves, destruyéndolas todas, y no queremos en modo alguno que ahora ocurra lo mismo. Es demasiado peligroso en libertad. Si nos presentamos ante él va lo suficientemente armado para presentar batalla y escapar a cualquiera otra parte. Debéis dejaros capturar por él y en vuestra nave irá un dispositivo capaz de inutilizarle lo bastante para permitirnos un acercamiento.

-¿Y quién controlará el dispositivo?

-Un robot dirigido desde aquí con nuestro propio pensamiento.

-...Con lo cual conseguiréis que capte vuestra presencia aquí.

Los telépatas mantuvieron silencio durante unos instantes. Parecían consultar entre sí con una longitud de onda no detectable por Stan.

Finalmente:

-Tienes razón, pero ¿qué podemos hacer? No hay otro medio.

-Sí lo hay. Enviadme a mí y yo accionaré el aparato en el momento oportuno.

-Imposible. Zuhl sabría por ti lo que se tramaba.

-¿Vosotros creéis? Si yo quiero, será.

-Pero si nosotros podemos captar tu pensamiento, Zuhl puede igualmente hacerlo.

-Puedo demostraros que ese secreto estaría seguro conmigo...

Y se lo demostró. Convencidos, le instruyeron en. el funcionamiento del paralizador, proporcionándole una droga que le sustraería a la formidable fuerza de control mental de Zuhl.

* * *

Un estrecho panel se descorrió en el departamento donde esperaban el resto de los tripulantes del *Algol*, dejando paso a Stan Burgess, que, con una extraña arma bajo el brazo y mirando furtivamente hacia atrás, corrió a reunirse con sus compañeros.

-¡Pronto! Hemos de salir inmediatamente de aquí.

Mientras los hombres iban obedeciendo sus órdenes, el general Eakins y Kloster se reunieron con él. Hablaban a través de los aparatos de radio individuales de que iban provistos sus trajes espaciales.

-¿Qué ha ocurrido, Stan? -preguntó ansioso Tadd Kloster.

-Que les he dado el mismo medicamento que pensaban hacerme tragar -sonrió Burgess-. Conseguí dominarles y ahora estamos libres. Creo que tardarán en poder perseguirnos. ¡Salga usted, general! -exclamó al ver que ellos eran los únicos que quedaban allí.

Instantes después, ya reunidos a bordo del *Algol* y éste en marcha hacia las profundidades del sistema, Stan reanudaba sus explicaciones:

-Me estaban convenciendo de que les cazara a Zuhl, y para ello me proporcionaron una droga que impediría que me dominase mentalmente. Cuando tuve la píldora en mi poder se me ocurrió que nada me costaba tomarla ya y saber la verdad sobre ellos. Así lo hice antes de que pudieran impedirlo, y ¡sólo entonces vi lo equivocado que estaba con respecto a ellos! ¡Pretendían aprovecharse del trabajo de Zuhl, destruir a éste y continuar ellos para provecho propio la conquista del Sistema Planetario! Con el arma que me

habían dado los paralicé y ahora permanecerán así hasta que les den un antídoto o ¡hasta el día del Juicio Final!

-¿Y las otras naves?

-No hay nadie en ellas. Todos estaban en la que hemos abandonado.

-¿Y por qué no nos apoderamos de ellas?

-Por la sencilla razón de que desconocemos su manejo y podríamos causar una catástrofe con nuestra ignorancia. Es mejor que las dejemos ahí hasta que vengan técnicos que puedan estudiarlas a fondo.

-Pero Zuhl puede encontrarlas... -insinuó el general. Rápidamente estaba cediendo el resto de autoridad que le quedaba, convencido de que Burgess era más capaz que él mismo de manejar la situación.

-Mala suerte, señor. Pero no es fácil, y es preciso arriesgarse a ello.

-Y esa droga que has tomado, ¿es muy duradero su efecto?

-Una semana aproximadamente. Y lo que siento es no tener más para hacerlas analizar por nuestros químicos. Sería una formidable defensa.

A pesar de que el crucero adelantaba a toda máquina en dirección a la Tierra, dada la inmensa distancia a recorrer, les daba la impresión de que no avanzaban en absoluto. Día tras día se iban consumiendo, y una vez rebasado Plutón apenas lograban advertir el progreso de su marcha. El contacto radial era apenas otra cosa que una ilusión y solamente se limitaron a anunciar su regreso por temor a que Zuhl captase su emisión, con lo que volvería a darles caza sin esperanza alguna de salvación. La ansiedad consumía a todos por lo lento de su trayectoria, temerosos a cada momento de una sorpresa y, al propio tiempo, disgustados por el fracaso que dejaba a tantos compatriotas en las garras del implacable ser. Especialmente el general Eakins estaba inconsolable, y Stanley Burgess no se quedaba atrás. ¿Qué sería de Diana? ¿Albergaría en el interior de su adorable cuerpo a alguno de aquellos repugnantes seres que constituían la semilla de la raza de Zuhl? ¿Lograrían alguna vez liberarla?

-¡Tres naves a la vista, general! -Eakins se precipitó hacia la pantalla del detector, sintiéndose extrañamente tranquilizado ante la perspectiva de algo de acción luego de tantos días de destrozarse los nervios con la insoportable tensión.

-¿Serán los que hemos dejado atrás? -interrogó el general. Burgess, que miraba por encima de su hombro, negó con la cabeza.

-Lo dudo. Son mucho menores. Y tampoco son terrestres, pues con ese tamaño es imposible que hayan podido acarrear combustible para recorrer tan gran distancia.

-¡Pero vamos a ver, hombre! -aulló *Sparks* saliéndose de sus casillas- ¿Es que el Sistema Solar, tan tranquilo hasta ahora, se ha convertido repentinamente en lugar de cita y campo de batalla para todos los maleantes de la Galaxia?

Burgess se encogió de hombros. Estaba tan desorientado como su futuro padre político.

No cabía duda de que ellos constituían el objetivo de las tres naves desconocidas, que rectamente, sin dudar un segundo, se precipitaron sobre ellos. Una voz sonó en la cabina, pero esta vez provenía del receptor de radio. El telegrafista iluminó la pantalla sin que en ella apareciera imagen alguna.

-¡Ríndanse! -el operador cerró el contacto de la emisora y miró a Eakins.

-¿Qué contestamos, señor?

-¡...! -la expresión fue lo bastante gráfica para que el hombre supiera a qué atenerse. Desconectó definitivamente la radio, tanto el emisor como el receptor, y se dedicó a atender a otros instrumentos de su competencia. El general ordenó con voz enérgica:

-¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Ya me voy cansando de que todos esos individuos se diviertan jugando con nosotros!

-Pero... -trató de apuntar tímidamente Burgess, perdida de momento su belicosidad-. ¡Tal vez sean los que tienen en su poder a Diana...!

Eakins clavó en él los ahora apagados ojos. Por unos instantes pareció encogerse sobre sí mismo, pero inmediatamente se irguió en toda su estatura. El viejo militar renacía.

-¡Pues lo siento por ella!... y por nosotros -concluyó en voz casi inaudible.

Los siguientes minutos fueron de verdadera pesadilla. Los pequeños aparatos revoloteaban alrededor del *Algol* defendiéndose como podían de la lluvia de proyectiles de toda especie que despedía por todos sus lanzadores, obligándoles a mantener una respetuosa distancia. Comprendiendo que, si continuaban a este ritmo, pronto quedarían desarmados, Eakins dio orden de silenciar algunas baterías, mientras todos los tripulantes se embutían

apresuradamente en los trajes de vacío en previsión de que se produjera algún escape de aire. Poco a poco disminuía la velocidad de fuego de la nave terrícola y los diminutos aparatos comenzaron a acercarse peligrosamente hasta el punto de que algunos de sus proyectiles llegaban a alcanzar a los del *Algol* casi en el mismo instante en que se desprendían de sus lanzadores, amenazando con destruir al crucero con sus propias armas.

El general estaba intensamente pálido y lo mismo podía decirse del resto de sus hombres. La situación era en verdad angustiosa. Pese a haber reducido el ritmo de sus disparos la batalla no podía durar indefinidamente, pues mientras las reservas del *Algol* disminuían en forma alarmante, los pequeños abejorros, haciendo gala de una velocidad y agilidad de maniobra jamás igualada por ninguna máquina construida en la Tierra, se limitaban a hacer funcionar sus armas exclusivamente con fines defensivos, como si no pretendieran otra cosa que ganar la refriega por agotamiento de los contrarios.

-¡Y a fe mía que lo van a conseguir! -rugió Eakins exasperado.

-¡Están jugando con nosotros como un gato con un ratón! -exclamó Sharley, el piloto-. Nos demuestran que, si quisieran, podrían destruirnos en un santiamén.

Stanley Burgess, sin ninguna misión concreta a que atender en aquellas circunstancias, había guardado silencio desde que el comandante de la expedición decidiera sacrificar todo, incluso su propia hija, en aras de su patriotismo. Su cerebro estaba trabajando intensivamente, furiosamente, en busca de una solución, y repentinamente se encaró con el general.

-¡General! -llamó con voz firme-. Considero que, dadas las circunstancias, lo mejor que podemos hacer es rendirnos. Esos de ahí fuera pueden freírnos en cuanto lo deseen.

-¿Y qué crees que podemos ganar nadie con una capitulación, Stan? Mientras hay vida hay esperanza y todavía no nos tienen en su poder. Aún podemos darles mucha guerra, y con un poco de suerte...

-La suerte raramente ayuda a quien no la llama, señor. Y yo pienso que tal vez nosotros podríamos mandarle un mensaje. Piense que, si continuamos resistiendo, pueden exasperarse y aniquilarnos. En cambio, si logramos conservar la vida durante algún tiempo...

-¡No!

-Lo siento mucho, señor, créame. Pero opino que está usted obcecado

y me veo en la precisión de asumir el mando -Burgess se aproximó a un armario mientras hablaba y ahora se volvía hacia los demás empuñando un subfusil de gran velocidad de tiro-. No tengo el menor deseo de perjudicar a nadie, amigos, pero no vacilaré un solo segundo en disparar contra cualquiera de ustedes, si es necesario.

Con sumo cuidado para no tropezar, caminó de espaldas hasta la puerta y, sin descuidar un solo instante la vigilancia, cerró el mecanismo de seguridad, dejando la cabina de mando aislada del resto de la espacionave. Ya tranquilo a este respecto, dedicó toda su atención al resto de los hombres, viendo en ellos una variada gama de expresiones, entre las que predominaba el asombro; nunca le hubieran creído capaz de dar este paso. Stan sonrió un poco humorísticamente. Eakins parecía dispuesto a lanzarse sobre él de un momento a otro, pero la distancia era demasiado grande para que pudiera sorprenderle.

-¡Muy bien! Así me gusta: que sean buenos chicos. Ahora vamos a poner en práctica mi plan. General, ¿tiene la bondad de ordenar á los artilleros que cesen el fuego?

El aludido le dirigió una venenosa mirada, pero no cambió su posición ni un milímetro. Burgess repitió su orden.

-¡Yo no obedezco a piratas! -antes de que terminara de pronunciar estas palabras, Stan había oprimido ligeramente el gatillo y una cortísima ráfaga de proyectiles se estrelló contra el mamparo tras el general, luego de arrancarle la antena que sobresalía del casco de su traje de vacío.

-¡Por favor! -la dura entonación de la voz del rebelde no correspondía con las palabras dichas. Eakins se inclinó sobre el tablero de comunicación interna, aparentemente escarmentado.

-¡Fuego a discreción! -gritó antes de que nadie pudiera impedirlo. Los demás le miraron horrorizados, esperando verle acribillado. Pero Burgess se limitó a soltar una corta risa.

-No vuelva a hacerlo, general. Podría enfadarme.

En el exterior, los atacantes se vieron sorprendidos de pronto con una formidable cortina de fuego que los envolvía por todas partes, cuando ellos esperaban todo lo contrario. Uno de ellos quedó destruido en el acto, y los otros dos se las vieron y desearon para escapar, no sin sufrir algunos daños. Las baterías callaron casi inmediatamente al alejarse sus enemigos hasta casi

desaparecer de las pantallas en un tiempo récord.

-Ahora le corresponde a usted, Ayres -Burgess se encaró con el telegrafista-. Comuníqueles que nos rendimos.

A regañadientes, el hombre obedeció, mientras Eakins le cubría de amenazas y maldiciones. Las dos naves supervivientes que, por las averías sufridas, habían estado a punto de abandonar la lucha, guardaron las distancias por temor a una emboscada, mientras sus tripulantes conferenciaban sobre la conducta a seguir. Estaban sorprendidos de esta decisión luego del infierno que había sido la última parte de la batalla, y concluyeron que ello se debía a que el *Algol*, con esta demostración, había entonado el canto del cisne agotando sus municiones.

-¡Pongan proa en la dirección general de Neptuno! ¡Y mucho cuidado con las tretas, pues esta vez no estaremos desprevenidos!

Eakins se preguntaba a qué bando corresponderían las pequeñas navecillas, si al de Zuhl o a aquellos que le buscaban. La frase últimamente pronunciada no aclaraba la cuestión, ya que podía atribuirse a cualquiera de las dos facciones, pues ambas tenían motivos para desconfiar de los terráqueos. Al menos tenían el consuelo de que no se había presentado ningún nuevo enemigo como temieran.

-El piloto, sin necesidad de que se le diera orden alguna, obedeció las indicaciones llegadas por la radio. Varias horas de marcha convencieron a Burgess de que su escolta no tenía la menor intención de aproximarse, lo que constituía un alivio para él, dado que los artilleros habrían abierto el fuego inmediatamente contra ellos, y no se atrevía a insistir sobre el general para que ordenase el cese de las hostilidades. ¡El viejo cabezota era capaz de dejarse matar antes que consentir hacer nada por la fuerza! Por eso quedó gratamente sorprendido cuando, sin que mediara aviso alguno, Eakins se inclinó sobre el intercomunicador general, gritando:

-¡Alto el fuego! ¡Hemos abandonado la lucha! -con un suspiro de satisfacción se reclinó en su asiento, mientras los demás quedaban suspensos ante este inopinado cambio de actitud. Con una ligera sonrisa, explicó sus motivos-: He reflexionado, Stan. Eres muy perspicaz, más que yo, y no te tengo por cobarde en modo alguno. Por tanto, debes tener algún plan para sacarnos de este atolladero y me pongo de tu parte. Además, tienes razón en otro aspecto: hemos de hacer lo posible por liberar a.... -titubeó un segundo-

nuestros compatriotas, ya que estamos aquí. Como bien piensas tú, una expedición de socorro tardaría varios meses en alcanzar estas latitudes.

-Se equivoca en una cosa fundamental, general -Burgess le devolvió la sonrisa, satisfecho de que se decidiera a cooperar-. No tengo ningún plan ni la más remota idea de cómo y si podremos escapar de alguna forma o servir de ayuda a los demás. Pero de lo que sí estoy convencido es de que continuar la lucha era un suicidio o, al menos, solamente demorar el amargo momento de la rendición.

Eakins pareció profundamente decepcionado, pero no pronunció una palabra más. Burgess volvió a colocar el arma en su sitio y todos se dedicaron a esperar el momento en que otra mente pasara a controlar sus acciones, como así sucedió unos días más tarde, cuando solamente los escoltaba uno de los pequeños aparatos, mientras el otro se había adelantado perdiéndose en la distancia.

El primero en sentir la influencia de Zuhl fue *Sparks*. Abandonando su indolente posición empuñó el micrófono del comunicador, haciendo oír su voz por todos los rincones del *Algol*.

-¡Desconecten todos los mecanismos automáticos! A partir de ahora haremos uso de los controles manuales.

Los demás tripulantes permanecían rígidos en sus puestos. El piloto era el único que daba muestras de actividad. Con inexpresivo rostro consultaba indicadores, mientras sus manos se movían con desconcertante agilidad, realizando maniobras que a un profano hubieran parecida milagrosas por la rapidez con que pulsaba botones y palancas sin apenas fijar la vista en ellas; en otras ocasiones caía en la misma apática inmovilidad que el resto de sus compañeros hasta que ·sus servicios eran nuevamente requeridos. Todos los hombres habían quedado convertidos en verdaderos autómatas, marionetas que únicamente daban señales de vida cuando las ondas emanadas del poderoso cerebro de Zuhl transmitían sus órdenes a los respectivos sistemas nerviosos, desconectados de los propios órganos rectores.

En determinado momento, como un ejército bien disciplinado y sin que ninguna voz se hubiese dejado oír, todos los tripulantes del *Algol*, sin prisas, mecánicamente, se embutieron en los trajes de vacío que guardaran después de terminada la batalla, y cada cual se dirigió al pequeño cohete de salvamento que tenía asignado para casos de emergencia. Instantes después el

Algol quedaba abandonado en el espacio mientras cinco navecillas con cinco hombres en el interior de cada una, se alejaban con rumbo desconocido hasta para sus propios pilotos.

La ingente mole de Neptuno parecía precipitarse hacia ellos, aumentando de tamaño a cada segundo. Nadie dedicó un solo pensamiento al terrible riesgo que corrían de estrellarse contra la superficie del titánico planeta si antes no quedaban pulverizados por el espantoso aumento de temperatura que originaría el rozamiento con la atmósfera de metano. Y si, por cualquier motivo, eludían estos peligros, quedaba otro no menos formidable: tan pronto pretendieran desviarse de la caída vertical, si no llevaban la velocidad de escape requerida, quedarían aplastados por la potente fuerza de gravedad originada por una masa diecisiete veces mayor que la de la Tierra. E igual riesgo corrían si en última instancia lograban poner pie en la capa helada que constituía la superficie exterior de Neptuno; sus organismos eran incapaces de resistir la presión gravitatoria.

CAPÍTULO X

Seguramente que no era la destrucción de los terrestres lo buscado al obligarles a la terrorífica zambullida, ya que los pilotos recibieron órdenes de nivelar el vuelo y poco después, cuando se sumergieron en la densa atmósfera del planeta, la dirección de su marcha era relativamente paralela a la superficie de Neptuno. De vez en cuando picaban hacia abajo durante unos miles de metros, pero aún así invirtieron varias horas en llegar al suelo firme. Para entonces era tanta la cantidad de gases que se acumulaban sobre ellos que prácticamente se encontraban en la más completa oscuridad, ya que los atenuados rayos del sol no tenían probabilidad alguna de llegar allí abajo.

Las navecillas auxiliares se detuvieron suavemente a pocos metros unas de otras y los que las ocupaban fueron descendiendo con grandes esfuerzos, encontrándose torpes y pesados. Los corazones les latían aceleradamente y cada pocos pasos se veían obligados a descansar. Parecían encontrarse en el fondo de un océano, donde a la resistencia originada por la gravedad se unía la de la espesa capa gaseosa que les rodeaba. En fila india, trabajosamente, alcanzaron, al cabo de lo que les hubieran parecido siglos de encontrarse en posesión de sus facultades mentales y que en realidad apenas fueron unos segundos, unas escaleras metálicas que luego de enormes esfuerzos pudieron remontar. Atravesaron una escotilla al final e inmediatamente desapareció la sensación de agotamiento. Estaban dentro de la nave de Zuhl, donde un campo gravitatorio artificial creaba condiciones más acordes con la naturaleza humana.

Sin abandonar su pasiva actitud de maniquíes los veinticinco hombres siguieron por un corredor que desembocaba en una pesada puerta metálica, que se abrió apenas hubieron llegado ante ella. Penetraron en un amplio departamento y, al cerrarse la puerta, desapareció el influjo mental que los había guiado hasta entonces.

-¡Ya estamos aquí! ¿Qué hacemos ahora? -preguntó Eakins no sin cierta sorna, dirigiéndose a Stan Burgess. El aludido se encogió de hombros bajo la coraza que le cubría.

-Esperar, creo yo. ¿Hay alguna forma de salir de aquí si no nos abren esa puerta?

Todos se lanzaron a emitir sus hipótesis y conjeturas. Solamente Burgess permaneció silencioso después de sus últimas palabras, contestando

con monosílabos y como a desgana cuando alguien se le dirigía, por lo que hasta sus más allegados, Travert y Kloster, le dejaron por imposible enzarzándose en una animada discusión con el general.

Apartado de los demás se hallaba Burgess, sumergido en sus pensamientos, cuando una enérgica orden, que sólo su cerebro percibió, le hizo adquirir la característica rigidez de los controlados por Zuhl. Sin dudar un solo instante caminó en derechura hacia el lado opuesto a donde se encontraba la puerta por donde entraran y empujando en un lugar determinado se abrió paso al exterior de la habitación. Sus compañeros le vieron desaparecer con la impresión de que se había filtrado por el muro. Ni el más ligero resquicio indicaba que allí hubiese una abertura, según pudieron comprobar luego de un meticuloso examen.

Stan se vio inmediatamente libre de las ataduras mentales. Ante él había cuatro hombres tan oriundos de la Tierra como él mismo; eran Hobbes y otros tres de los que capturase en el helicóptero. En el acto le reconocieron.

-¡Vaya, vaya! -rió Hobbes, que parecía gozar de cierta autoridad sobre los demás-. ¡Si es nuestro querido amigo Burgess! ¿No os alegráis de verle entre nosotros, muchachos?

Un coro de risas coreó estas palabras. Burgess, por no ser menos, emitió una alegre sonrisa.

-Ya estamos juntos otra vez, amigos. ¿A qué vamos a jugar ahora?

-A las adivinanzas -contestó Hobbes, siguiéndole el humor-. Nosotros te hacemos unas preguntas, y tú las contestas. Si te equivocas pagas prenda.

-¡Oh, no! -protestó Stan con ademán de aburrimiento-. Eso ya lo hemos hecho antes. ¿No te acuerdas de la Base Luna?

-Sí... -repuso el otro-. Me gustó el juego y por eso quiero repetirlo. Entonces eras tú quien preguntaba y te divertiste mucho. Ahora me ha llegado a mí la vez.

Sus labios se separaron, exhibiendo los dientes. Burgess se declaró dispuesto a cooperar.

-Cuando queráis empezamos -dijo para animarles.

-Eres un buen muchacho y...

-...pero yo preferiría -le interrumpió Burgess -que fuera el propio Zuhl quien me interrogase. Aunque -agregó ocurriéndosele de pronto la idea- creo que ya sé por qué lo hacéis así. Vosotros preguntáis y no importa la

contestación que yo pronuncie. Zuhl atiende a la verdad que yo pienso, ¿acierto?

-Es posible -Hobbes no quiso comprometerse dando una respuesta categórica-. Aunque también podría ser algo por completo distinto.

-Primera pregunta -se chanceó Stan.

-¿De dónde venís?

-¡Hombre! ¡Pues de la Tierra! -contemporizó el interrogado, como pretendiendo reservar sus conocimientos el mayor tiempo posible.

-Hace algunos días que salisteis de allí. Yo me refiero a ¿qué habéis hecho durante estos meses?

-Pasear por el espacio, persiguiendo a Zuhl unas veces y otras huyendo de él.

-Veo que no habrá más remedio que hacer preguntas más directas. A este paso no acabaremos nunca. ¿Cómo conseguisteis largarnos un torpedo cuando estabais arrimados a nuestra nave?

-Los mecanismos automáticos de disparo estaban conectados. Cuando cesó la interferencia de las ondas de radio funcionaron ellos solos. ¿Os hicimos mucha «pupa»?

Hobbes pasó por alto la pregunta.

-¿A dónde fuisteis después de esto?

-A Plutón. Hace allí un fresco muy agradable. ¡Ah! Por cierto que se me olvidaba: unos amigos de Zuhl me dieron recuerdos para él. Parece que le buscaban para encerrarle en el manicomio de que se había escapado.

-¿Y qué pasó entre ellos y vosotros?

-Nos tomaron prisioneros. Luego quisieron convencernos para que cooperásemos en la captura de Zuhl, pero yo pensé que su compañía no era más agradable que la de éste y les di esquinazo. Allá quedaron sus naves.

-¿Y ellos?

-Paralizados. Me dieron un arma y una droga para eludir el dominio de Zuhl. Yo quise comprobar sus efectos y tomé la píldora inesperadamente dándoles luego a probar la medicina que reservaban para Zuhl. Nos largamos de allí... y salimos de la sartén para caer al fuego.

Hobbes acogió con una sonrisa esta última frase.

-Así que os propusieron que les ayudarais a capturar a Zuhl, ¿no es eso?

-Sí.

-Y el paralizador, ¿dónde está?

-A bordo del *Algol*.

Durante largo rato se prolongó la conversación. Burgess les dio detallada información sobre todo lo que le preguntaban, como si no tuviera interés alguno en reservarse nada. En realidad así era, ya que hubiera sido inútil mentir, además de que ello en nada podía beneficiarles. Finalmente, cuando estuvieron enterados de cuanto les interesaba, le ordenaron que se reuniera con sus compañeros.

El lugar a donde le llevaron no era el mismo en que se separara de ellos. Se trataba de una habitación mucho más grande y en ella había bastante gente. Así que hizo su aparición en la puerta, una figura corrió a arrojarse en sus brazos.

-¡Stan, amor mío!

-¡Diana! -ambos se confundieron en un estrecho abrazo, sin reparar en que eran el blanco de las miradas de más de cincuenta personas.

Allí estaban, además de la dotación del *Algol*, los tripulantes del *Beagle* y todas las personas que habían embarcado en el *Moonlight*, salvo, naturalmente, los secuaces de Zuhl. Nadie había sufrido el menor daño. En realidad ni siquiera habían visto a sus captores durante los meses transcurridos y no tenían ni la más remota idea de que la astronave estuviera posada sobre la superficie de Neptuno hasta que lo dijeron los hombres de Eakins. Varias horas estuvieron entretenidos en relatarse las respectivas aventuras. Solamente Stanley Burgess, como ya hiciera a su llegada, se mantenía apartado de los otros como abstraído, hasta tal extremo que la propia Diana Eakins se sintió ofendida de su hosquedad, yendo a reunirse con su padre.

Por ello fue una sorpresa para todos el que, inesperadamente, ambos jóvenes, sin cruzar una palabra ni una simple seña, echaran a andar hacia la puerta que se abrió para dejarles paso, cerrándose inmediatamente tras ellos. Ni siquiera se miraron mientras andaban juntos por un largo corredor, ascendían por una especie de rampas hasta varios pisos por encima de donde habían estado encerrados, yendo por fin a desembocar a un amplio salón en cuyo fondo, bajo una especie de dosel, se elevaba algo semejante a un trono rodeado por una campana de cristal que lo aislaba totalmente de la atmósfera del lugar. En su interior una figura absolutamente humana los contemplaba.

-¡Acercaos! -ordenó una voz que, sin herir sus tímpanos, les resonó en el interior del cerebro. ¡Se hallaban en presencia de Zuhl!

Siempre con movimientos mecánicos, sin que en ellos influyera lo más mínimo la voluntad de los jóvenes, se aproximaron hasta detenerse a pocos pasos de la urna que protegía al extraño.

De haber alguien allí en condiciones de analizar detenidamente la apariencia de hombre en que se había personificado Zuhl, hubiera pensado que, precisamente por la perfección y armonía de aquel cuerpo ante el que Apolo se hubiera sentido inferior, el exceso de *humanidad* que había querido imprimir a su figura, le hacía intolerablemente inhumano hasta extremos inconcebibles. Jamás hubiera podido pasar por un nativo del planeta Tierra, pese a que ni el más mínimo detalle le denunciaba: era el conjunto, el todo, que proclamaba a gritos la naturaleza extraterrestre de aquel ser demoníaco, de inconcebible inteligencia.

A una muda orden de Zuhl, uno de sus hombres se aproximó llevando en sus manos un extraño artefacto: el que Burgess sacara de la nave de los perseguidores.

-¿Es éste el paralizador de que hablaste antes? -preguntó Zuhl. Stan contestó sin vacilar un segundo.

-Sí.

-¿Y con él pusiste fuera de combate a mis... amigos?

-Efectivamente.

-¿Tiene mucha potencia?

-Me dijeron que podía paralizar a más de cien individuos de cualquier especie existente, si se encontraban en la trayectoria de sus rayos.

-Vas a decir cómo se hace funcionar, pero antes, ¿no hay forma de recuperarse de sus efectos? ¿Es preciso un antídoto o basta con el transcurso del tiempo?

-Sin un antídoto jamás puede nadie recuperarse de la paralización.

-Entonces, mis... amigos -una radiante sonrisa iluminó el hermoso rostro de Zuhl al pronunciar esta palabra- estarán aún inutilizados...

-Salvo que me mintieran... así es. Y lo estarán por toda la eternidad si alguien no va en su auxilio.

Zuhl soltó una breve carcajada.

-Vamos a probarla. Tú -señaló a uno de sus hombres, aunque no era

necesario, pero deseaba dar a su apariencia humana todas las características de realidad- trae el resto de los prisioneros -luego miró al que llevaba el paralizador-. Dámelo.

El hombre, sin vacilar un solo instante, lo colocó en el suelo delante de Zuhl. El arma, ante los sorprendidos ojos de los dos jóvenes que por unos momentos se veían libres de las ligaduras síquicas, se levantó en el aire, sin que en apariencia nada la sostuviera, flotó hasta un lado hasta quedar dentro de una especie de pequeño nicho que quedó inmediatamente cerrado con una puertecilla corrediza, al tiempo que se abría otra por el interior, y se quedó unos instantes suspendida en el aire, para descender luego cuidadosamente hasta el suelo al alcance de la mano de Zuhl.

-Telekinesis -sonrió éste-. Es muy sencillo... si se sabe cómo hacerlo y se tienen facultades. Mis hombres podrán usar de este poder dentro de muy poco tiempo.

Un movimiento de excitación se produjo en las filas de los renegados. La perspectiva era algo jamás soñado por ellos. Ya se veían tranquilamente en sus casas, mientras a una simple orden mental corrían las gentes a entregarles sus tesoros, o simplemente haciendo uso del poder telekinético, atiborrando de billetes una enorme habitación, mientras las cámaras acorazadas del Banco de la esquina se quedaban con las cuatro paredes.

La entrada de los cautivos interrumpió las fantasías de los forajidos. Inmediatamente Zuhl reasumió el dominio sobre Burgess ordenando a Diana que se reuniera con los otros mientras sus hombres los colocaban en grupo lo más compacto posible. Zuhl explicó al joven:

-Durante mucho tiempo no necesitaré nuevos individuos en que introducir mis retoños, y la mejor forma de conservarlos en buen estado es ésta. Así me evito molestias y alimentos. Si fueras dueño de ti mismo tal vez te preguntaras cómo voy a revivirlos luego sin el antídoto. La contestación es: inmediatamente saldremos hacia Plutón y allí me haré cargo de las naves de mis... amigos, abandonando, tal vez para siempre, el Sistema Solar. Aunque, bien pensado, quizá me convenga desaparecer de aquí solamente por algún tiempo. Mis hombres conocen bien estos lugares y en otra parte tendríamos que aprenderlo todo. Sí. Decididamente volveremos y formaré mi imperio ayudado por la raza humana.

Más que para Burgess, parecía estar confeccionando planes para sí

mismo, explicando sus ideas según se iban produciendo en su mente. Finalmente abandonó las elucubraciones para atender al asunto que llevaban entre manos.

Sin retirar sus tentáculos mentales del cerebro de Burgess, hizo uso de su poder para elevar el paralizador, y mientras lentamente le hacía dar vueltas, produjo un delgado seudópodo por el sencillo expediente de prolongar uno de los dedos de su mano derecha, en cuyo extremo apareció un ojo. La nueva extremidad se aproximó ondulando al arma y sin tocarla, pero desde muy poca distancia, la escrutó detenidamente durante un buen rato. Satisfecho, al parecer, comenzó a explorar los pensamientos de Stanley con bien dirigidas preguntas para aprender el manejo. Con la derecha, vuelta a su forma normal, tomó el arma, sopesándola cuidadosamente; luego, siguiendo las instrucciones que recibía, apuntó con fría calma al aterrorizado grupo de prisioneros y accionó el disparador.

CAPÍTULO XI

Durante unos segundos no ocurrió nada. Luego un grito de infinito asombro escapó de las gargantas de los presentes al comprobar que era Zuhl quien había resultado la víctima del paralizador. Efectivamente, la arrogante silueta que se erguía tras la cúpula transparente comenzó a disminuir rápidamente de estatura, al tiempo que cesaban sus mensajes mentales, y al cabo de unos instantes no era sino una masa casi informe extendida en el suelo, sin que el más leve movimiento delatase si la vida continuaba alentando en ella.

Burgess, que no estaba en absoluto sorprendido por el para los otros inesperado giro de los acontecimientos, se abalanzó sobre el individuo que tenía más cerca y con una rapidísima presa de judo le dejó inmóvil el tiempo suficiente para aplicarle los dedos de la mano en el cuello, haciendo presión en determinados lugares. El hombre se desplomó casi antes de darse cuenta de que le habían agredido.

El resto de los prisioneros salieron pronto de su estupor y, siguiendo el ejemplo de Stan, se enzarzaron en una violentísima pelea con el resto de los secuaces del inutilizado Zuhl. Estos no eran precisamente de mantequilla, pero la superioridad numérica y las ansias de revancha y libertad que animaban a aquéllos les hizo sucumbir en pocos momentos, no sin que vendieran cara su derrota. Algunos eran portadores de armas de fuego e hicieron uso de ellas; prueba de su puntería eran los cadáveres de Bert Martin, del *Beagle*, dos tripulantes del *Algol* y un pasajero del *Moonlight*, además de varios heridos, entre ellos Tadd Kloster con una pantorrilla atravesada por un balazo.

Sin perder un minuto, varios hombres procedieron a maniatar a los piratas, mientras los demás atendían lo mejor posible a los heridos. Burgess distribuyó las armas capturadas entre vares hombres del *Algol*, formando una pequeña milicia que se dedicase a recorrer la nave a la caza de los que andaban por allí distribuidos, ya que faltaban varios, entre ellos el peligroso Hobbes.

Pero no fue necesario salir en su busca. La gran puerta se abrió en aquel mismo instante y, enmarcados en ella, aparecieron cinco hombres, precisamente los que Burgess se disponía a perseguir. Llevaban varias ametralladoras y su mudo gesto de rendición no admitía falsas

interpretaciones. Los por unos instantes liberados prisioneros pasaban a serlo nuevamente de pleno derecho: cuarenta pares de manos se elevaron hacia el alto techo, al tiempo que resonaban los sordos golpes de las armas al caer al suelo. Hubiera sido una locura resistir, ya que las ametralladoras habrían dado cuenta de todos ellos en cuestión de segundos.

Una sorda cólera embargaba al normalmente suave Hobbes, quien, encarándose con Burgess mientras sus secuaces le cubrían las espaldas, le hizo separarse del grupo.

-¡Maldito perro! ¡Has matado a Zuhl! -y sin poderse contener le abofeteó salvajemente. Stan cerró fuertemente los puños, pero se abstuvo de responder a la agresión. No podía exponerse en estos instantes a que le llenaran el cuerpo de plomo, cuando la salvación de todos sus compañeros estaba precisamente en sus manos. Rechinando los dientes de ira impotente, se limpió la sangre con el dorso de la mano, dando la espalda al otro.

-No está muerto -dijo al cabo de unos segundos, enfrentándose de nuevo con Hobbes-. Solamente paralizado. ¡Y yo sé donde está el antídoto que le haría revivir! Pero no lograréis saberlo por mí jamás.

Una cruel sonrisa entreabrió los labios del pirata.

-Eso está por ver. ¿Crees que entre todos los hombres del *Algol* no habrá alguno que esté dispuesto a decírnoslo si empleamos ciertos métodos persuasivos?

Hobbes creyó ver en los ojos de Stan un relámpago de infinito odio. Ni un solo músculo del rostro del cautivo dejaba entrever las emociones que le embargaban. Con voz perfectamente tranquila le contradijo:

-Nadie sino yo sabe dónde está el antídoto y la forma de administrarlo. Recuerda que a mí únicamente me lo mostraron. De modo que con los demás podéis tener la certeza de perder el tiempo.

-¡Oh, pero tú nos lo dirás *de buen grado* con tal de no ver sufrir demasiado a tu amiguita! -insinuó el pirata, dirigiendo una significativa mirada hacia Diana Eakins. A una orden suya, varios hombres hicieron salir a todos los prisioneros, dejando solamente a ambos jóvenes-. ¿Te agrada la perspectiva?

-¡No cedas, Stan! -exclamó ella aproximándosele-. Es preferible que muramos todos antes que volver a la vida a ese monstruo de Zuhl. ¡Se juega nuestra salvación momentánea contra la de toda la humanidad!

Stanley Burgess inclinó la cabeza, al parecer reflexionando sobre la decisión a adoptar. Sentía en el alma los sufrimientos de Diana, que le miraba anhelante a la espera de sus próximas palabras, que decidirían sobre algo mucho más importante que la propia vida de todos ellos. Procurando desviar la vista de donde estaba la joven, habló:

-¡Está bien, canallas! ¡Os conduciré donde está el antídoto!

-¡Stan! -gritó Diana echando lumbre por los ojos cubiertos de lágrimas. Sin poderse contener le abofeteó duramente antes de que nadie pudiera evitarlo. El ni se movió ni levantó la vista del suelo, mientras ella salía conducida por dos de los forajidos, no sin antes escupirle: -¡Cobarde! ¡No vuelvas jamás a acercarte a mí, pues seré capaz de sacarte los ojos!

* * *

La nave pirata surcaba los espacios a fantástica velocidad. En cuestión de horas estaría a la vista de su presa. Stan Burgess, completamente agotado por la tensión nerviosa a que había estado sujeto durante los últimos días, estaba desmadejado en un sillón de la amplísima cámara de derrota, escuchando a Hobbes, que se mostraba sumamente amistoso con él. En realidad apenas le oía.

Al parecer, según le iba explicando Hobbes, el aparato de Zuhl había sufrido muy pocos daños como consecuencia de la explosión del torpedo que lanzaran los mecanismos automáticos de tiro del *Algol*. Solamente había quedado destruido el proyector de rayos tractores de que se servían para atraer desde fantásticas distancias a cualquier nave, y ésta era la causa de que no lo hubieran empleado en la última ocasión. Le habló de cómo, mientras estaban efectuando reparaciones en el espacio, Zuhl captó la presencia de sus perseguidores en las cercanías y, por ello, habían ido a sumergirse en la densa atmósfera de Neptuno, escudándose en la mole del planeta para eludir los rayos tractores de los otros, puesto que para sacarle de allí habrían tenido que realizar la imposible tarea de desplazar al ingente astro de su órbita, ya que los rayos no eran selectivos y arrastraban todo cuanto se interponía en su camino.

Habían tenido que separar al para ellos ahora valioso Stan Burgess de los demás cautivos, a fin de evitar que éstos le desollaran vivo por haberse rendido con tan relativa facilidad a las exigencias de los piratas. Burgess pensaba con amargura en lo mudable que es la condición humana: pocos días antes aquellos mismos que ahora reclamaban su muerte entre horribles

sufrimientos, hubieran sido capaces de obedecer sus órdenes gustosamente sin reparar en riesgos.

-¡Que digan lo que quieran! -pensó-. Yo he hecho lo que creía más conveniente y con toda seguridad que antes de mucho aplaudirán mi decisión.

Le despertó un grito del hombre que vigilaba los complicados detectores. Al parecer había conseguido localizar lo que andaban buscando, e inmediatamente comenzaron los preparativos para el abordaje á la nave que les indicara Burgess. Las demás vendrían después, y con ellas se veían los secuaces de Zuhl dominando sin esfuerzo a todo el Sistema Solar y, con el tiempo, tal vez se extendieran a otros astros vecinos que estuviesen habitados. Ellos serían quienes acaparasen los más altos cargos en el nuevo Imperio, y su más leve deseo sería ley insoslayable.

La excitación era mayúscula y apenas acertaban a endosarse los trajes de vacío imprescindibles para pasar de una nave a otra. Finalmente salió la expedición de descubierta, formada por Hobbes, Burgess y tres hombres más; entre ellos pudo reconocer Stan al «mayordomo» del profesor Conti, lo que le sugirió una pregunta..

-¿Dónde están el profesor Conti, el presidente Lavery y el general Fraser? No los he visto entre vosotros.

-¡Ah, ésos! -fue la enigmática respuesta de Hobbes-. Pues... por ahí. Es posible que algún día los veas. Ahora vamos a lo nuestro.

-Yo no me muevo de aquí.

-¿Cómo has dicho? -preguntó Hobbes creyendo haber oído mal. Le extrañaba esta súbita rebeldía del hasta entonces dócil prisionero.

-Que no tengo ningún interés en abordar esa nave. Id vosotros si queréis... y os es posible.

-¡Vamos, hombre! ¡No gastes bro...! -repentinamente se quedó rígido, adoptando la clásica actitud de los autómatas humanos aprisionados en las redes síquicas de Zuhl. Todos sus hombres adoptaron la misma inmovilidad, como si hubieran quedado repentinamente convertidos en estatuas.

Burgess, tranquilamente, se despojó de las pocas piezas del traje sideral que llevaba puestas, con lo que adquirió mayor libertad de movimientos, y rápidamente recorrió la inmensa astronave comprobando que en ella no había persona alguna que gozara de libertad de movimientos.

Cuando se hubo convencido de que era el único ser consciente a

bordo, regresó al punto de partida e inmediatamente comenzaron a desfilar los piratas en determinada dirección hasta reunirse todos ellos en una estrecha cámara. Burgess cerró la puerta, asegurándose de que no les sería posible escapar de allí sin ayuda exterior y se dirigió a donde estaban sus compañeros. Estos habían recobrado la conciencia, pero fue necesario que les explicase detenidamente la situación para que consintieran en abandonar su belicosa actitud para con él.

Eakins no salía de su asombro.

-¿Cómo es posible que tú solo hayas logrado lo que parecía imposible... engañar a un ser capaz de captar los pensamientos de cualquiera?

-No he sido yo solo, general -sonrió Stan-. Recuerde que los amigos que tenemos ahí al lado me proporcionaron el paralizador y la droga que me permitió zafarme del dominio de Zuhl. Y también que, gracias a ellos, he podido encerrar a todos los demás.

-Sí... sí. De acuerdo. Pero... el mérito mayor considero que está en ti mismo.

-No olvide -le recordó con ánimo de zaherirle- que ustedes intentaron ponerme todos los obstáculos; incluso querían desollarme. He tenido que obligarles a la fuerza para...

-Por favor, Stan -rogó Eakins-. Olvida eso. La venganza proporciona placer en principio, pero siempre resulta amarga al cabo. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cuándo emprendemos el regreso?

-Aún nos queda mucha tarea. Hemos de entregar a Zuhl a bordo de la nave que le devuelva a la prisión. Y, además, algo mucho más importante desde nuestro punto de vista: liberar a esos desgraciados de los embriones que llevan en sus cuerpos. Sería una catástrofe que alguno de ellos llegara a convertirse en un segundo Zuhl. ¿Me acompaña?

No resultó demasiado complicada la tarea de trasladar al paralizado Zuhl y sus secuaces hasta la astronave. Sin embargo, la de eliminar de Hobbes y los demás todo resto de la personalidad de Zuhl hizo precisa una serie de operaciones en las que se invirtieron varios días. Luego quedaba el problema de su regreso a la Tierra. Burgess insistió cerca de aquellos seres que la nave de Zuhl le pertenecía como botín de guerra, pero finalmente hubo de ceder ante el argumento machaconamente esgrimido de que era un aparato gubernamental robado por el pirata.

Se adoptó una solución mixta, que dejó más que satisfechas a ambas partes: una de las naves *yushi*, como se denominaban estos seres prodigiosos, llevaría a los terrestres hasta donde el *Algol* se encontraba a la deriva, embarcándolos en él. Y, como recompensa por el servicio prestado, instalarían en el crucero un mecanismo de propulsión capaz de hacerle alcanzar velocidades de centenares e incluso miles de veces la de la luz.

-¡Con eso queda a nuestro alcance el Universo entero! -expresó Tadd Kloster, haciéndose portavoz de la opinión de todo el grupo-. Las estrellas serán nuestras.

-Sí -fue la respuesta de los *yushi*-. Pero debéis hacer uso de este poder con moderación y no embriagaros con él. Tened en cuenta que solamente en esta Galaxia conocemos varios centenares de civilizaciones que os superan en todos los aspectos, a pesar de que, a veces, adoptan formas de vida que a vosotros os darían la impresión de salvajismo e incultura. Estamos asociados con ellas y las conocemos bien. Guardaos mucho de presentaros jamás como agresores, pues como amigos seréis bien recibidos en casi todas partes. Este sistema estelar no tiene sitio para la violencia en gran escala, y solamente la cooperación y ayuda mutua encuentran su recompensa.

Ya camino de la Tierra, a la que llegarían al día siguiente, puesto que los superpropulsores recientemente instalados no funcionaban a pleno rendimiento dentro de un sistema planetario, los terrícolas pensaban en el consejo de los *yushi*. Diana Eakins, totalmente reconciliada con Stan Burgess, decía, mientras buscaban un rincón tranquilo donde no les molestasen continuamente los que pedían consejos a este último:

-Tienen razón, ¿no crees? Será maravilloso si nuestra ambición no supera al buen juicio.

-Es cierto. El hombre siempre ha antepuesto su egoísmo a la conveniencia común, y ya va siendo hora de que aprenda a tratar con decencia a los que, por una u otra causa, considera inferiores suyos.

-Y ojalá nuestros hijos lleguen a ver convertido en realidad este hermoso sueño: la unión en una gran familia de todos los seres inteligentes del Universo.

De aquí la conversación comenzó a derivar por senderos más privados, por lo que se vieron desagradablemente sorprendidos por una voz harto conocida de ambos:

-¡Hombre, por fin os encuentro, pareja de tórtolos! Dispensadme si molesto, pero hubiera sido incapaz de sosegar si no me saco una pregunta del cuerpo.

-¡Usted dirá... papá! -se atrevió Stan a utilizar el apelativo por vez primera.

-¿Qué truco empleaste para engañar a Zuhl? Si era capaz de leer los pensamientos, no comprendo cómo pudiste hacerlo.

Stan soltó una alegre carcajada.

-¿Ha mentido usted alguna vez? -y, ante el gesto ofendido del general, continuó-: La raza *yushi* no conoce la mentira, puesto que este pecado es imposible en una sociedad de telépatas, donde cada cual conoce los pensamientos de su vecino. Yo les demostré prácticamente que aun con el pensamiento era posible engañar a la gente. Es difícil, no crea, pero con un poco de fuerza de voluntad puede hacerse: basta con que las verdaderas ideas se esfumen en el fondo de la mente mientras se procura hacer resaltar lo que interesa capte el telépata, De este modo pude mentir impunemente a Zuhl cuando él creía tenerme bajo su dominio y ser dueño de mis actos; en realidad yo estaba protegido por la droga que me dieron los que le perseguían, y las instrucciones para el manejo del paralizador se las di con plena consciencia. ¿Satisfecho?

-¡Eres... fenomenal! ¡Con cien hombres como tú me comprometía a hacer frente a toda la raza *yushi* que se nos enfrentara!

Ya daba media vuelta cuando se le ocurrió algo que había estado a punto de olvidar.

-¡Ah! El Presidente Lavery te manda la expresión del más ferviente agradecimiento, en nombre propio y de los demás que estaban prisioneros con él. Parece que se recuperan, aunque muy poco a poco, gracias a los cuidados que nos prescribieron los *yushi* -sonrió alegremente-. Y me dice también que hará, si es necesario, uso de su autoridad para impedir vuestra boda en caso de que no consintáis en que sea él padrino.

Los jóvenes se miraron estupefactos.

-¡Pero si no hemos hablado aún de casarnos! -protestó Stan, enrojeciendo. Pero rápidamente recuperó la serenidad-. No obstante, y por no desairar al señor Presidente, por mí que no quede... si Diana accede.

La radiante sonrisa que le dirigió ella fue suficiente respuesta.

FIN

164

164

¡UNA NOVELA CLAMOROSA EN NUESTRO PROXIMO NUMERO!

LA NAVE DE PLATA

He aquí la obra que no puede faltar en la biblioteca de todo buen aficionado a la «science-fiction». ¡ALGO DEFINITIVO Y SUPREMO! Un estudio cosmológico autorizadísimo, enlazado con el argumento más fascinante salido del cerebro prodigioso de

JOE BENNETT

¡Usted, lector, ya sabe quién es JOE BENNETT! ¿Qué podemos decirle de él? Sin altisonancias, llanamente, su pluma fácil vierte un chorro de conocimientos científicos a la par que hilvana los más sorprendentes temas. ¡Ahora puede usted leer la *bomba atómica* en letras de molde!

LA NAVE DE PLATA

Emoción elevada al máximo y por unos cauces... ¡erizados de intensidad dramática! No espere ni un segundo. ¡Encargue HOY MISMO su ejemplar! Recuerde que saldrá a la venta ofrecido por la fabulosa Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.